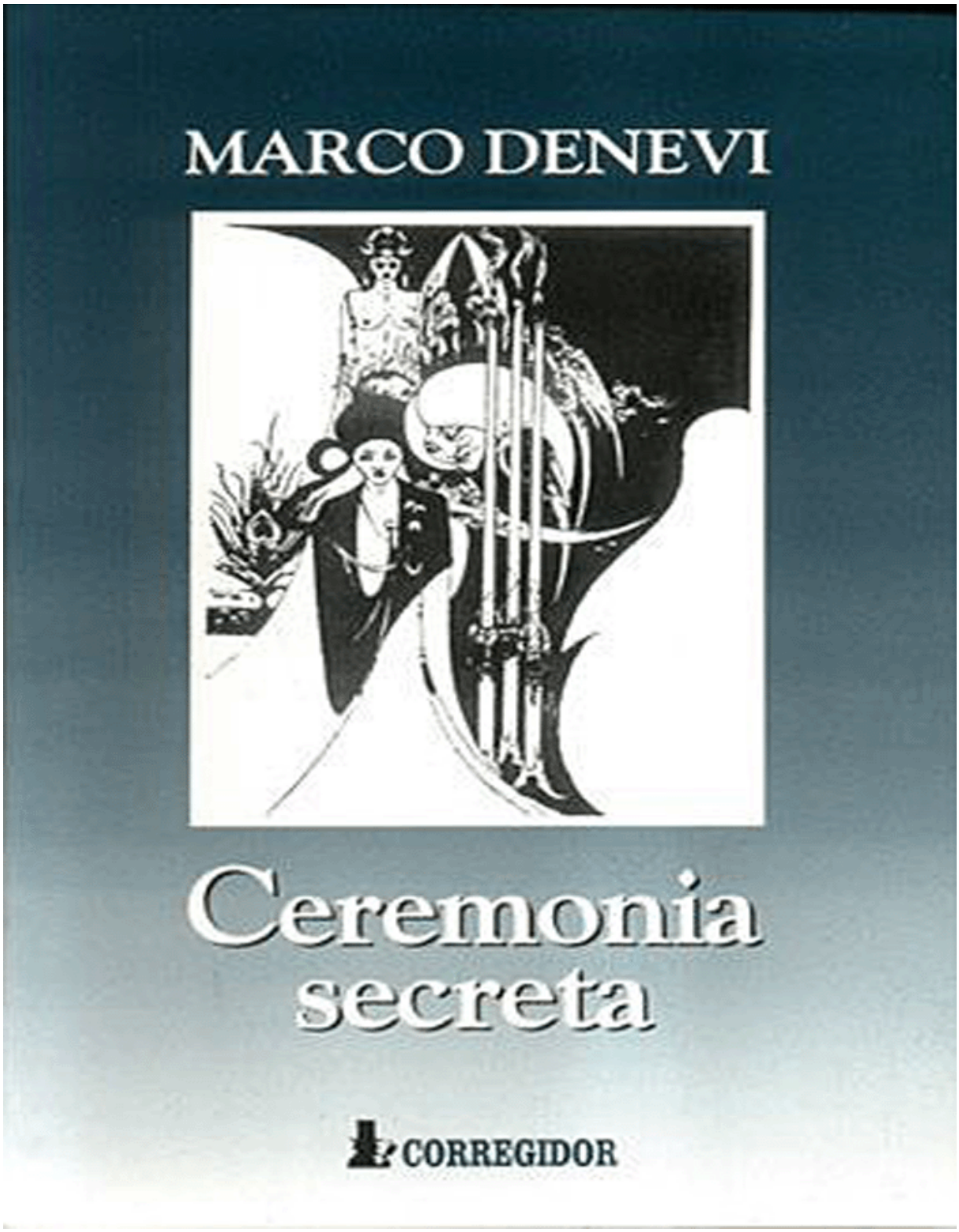
CEREMONIA SECRETA

MARCO DENEVI



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Ceremonia Secreta
recibió el Primer
Premio en un
concurso de cuentos
llevado a cabo por
la revista LIFE
EN ESPAÑOL, en la
cual se publicó
por primera vez.

Jurado:
Octavio Faz
Hernán Díaz Arrieta
Arturo Uslar Pietri
Emir Rodríguez Monegal
Federico de Onís

Obras presentadas: 3149

Reproducido por
autorización
del autor y de
LIFE EN ESPAÑOL
© 1960 Time. Inc.

CEREMONIA SECRETA: EN LA TIENDA DEL ILUSIONISTA

CRISTINA PIÑA

Como acertadamente lo ha señalado la estética de la recepción, el transcurso del tiempo no es en absoluto indiferente para la captación de los textos literarios por parte de los lectores, sino que la modifica a partir de los cambios que se van produciendo en su horizonte de expectativas, tanto en relación con los nuevos textos que aparecen dentro del campo intelectual, como de los nuevos marcos teóricos desde los cuales se leen e interpretan dichas obras.

Tal proceso de transformación, desde mi punto de vista, resulta especialmente significativo en el caso de la *nouvelle* de Denevi que hoy me ocupa, *Ceremonia secreta*, ya que, releída desde la teorización actual sobre el conjunto de rasgos discursivos que caracterizan a los textos posmodernos, adquiere un carácter precursor que difícilmente pudiera percibirse en el momento de su publicación —1960—, fecha en la cual, por estas tierras, nadie siquiera conocía la palabra posmodernidad que, hoy en día, por el contrario, alude a la suma de características de la cultura de fin de siglo.

En efecto, cuando atendemos a la personal utilización que en ella hace Denevi de los géneros menores o populares —el relato policial, al igual que en su primera novela, *Rosaura a las diez*, el melodrama pero, sobre todo, el cuento de hadas—; así como la manipulación de "saberes" poco prestigiosos pero de hondo arraigo en el imaginario popular —el ocultismo que subraya el aura misteriosa de Jan Engelhardt y de la metamorfoseada Cecilia del final; las supersticiones asociadas con el "lenguaje de las flores" que sustentan las insólitas ofrendas matinales de Leonides Arrufat—; la opción por la "amenidad" en el minucioso y matemático trazado de la trama y la hábil manipulación de la voz narrativa para graduar la distancia del lector respecto de la historia, reconocemos el tipo de actitud que Umberto Eco[1], entre otros, ha señalado como propia de la ficción posmoderna, la cual rompe con la dicotomía entre arte elevado y elitista, por un lado, y arte popular y ameno, por el otro, tanto como construye su discurso a partir de citaciones sesgadamente irónicas de la tradición.

En este sentido, la presente *nouvelle* de Denevi —al igual que Rosaura a las diez y *Falsificaciones*, sobre todo— se revela como instancia que articula la transformación discursiva que, desde Borges, nos lleva a Puig y los demás narradores de los años setenta y ochenta que construyeron sus textos a partir de la apropiación de códigos tomados del arte popular en general y de los diversos géneros literarios menores, en particular.

Como considero que el reprocesamiento del cuento de hadas constituye el elemento estructurante de la *nouvelle,* partiré de su análisis para dar cuenta del desplazamiento irónico que opera el texto respecto del corpus tradicional en el cual se apoya.

Un cuento de hadas al revés: el príncipe-solterona y la negación de la sexualidad

Tal como lo señala Bruno Bettelheim en su conocido estudio *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*[2], el relato maravilloso funciona como un medio privilegiado de maduración psíquica para el niño, en tanto sus situaciones y personajes, a partir de los procesos de identificación y rechazo, le permiten resolver conflictos difícilmente articulables, introduciéndolo, además, en un universo moral donde el bien y el mal, plasmados con nítidos contornos y carentes de la ambigüedad que a menudo revisten en la vida real, dramatizan su lucha constante. Entre tales conflictos, la sexualidad ocupa un lugar preponderante, y así, gran parte de los cuentos que poblaron nuestra infancia y la de nuestros hijos —*Caperucita Roja, La bella dur-*

[1] Eco, Umberto: *Apostillas a "El nombre de la rosa"*. Bs. As. Lumen/ De la Flor, 1987. (3era. edición).
[2] Bettelheim, Bruno: *Psicoanálisis de los cuentos de hadas.* Barcelona, Crítica, 1977 (3era. edición).

Librodot

miente. La bella y la bestia, Blancanieves—pueden leerse como resoluciones, en el plano simbólico, de dichos problemas, que le señalan además al niño pautas de relación interpersonal y de comportamiento social que les permitirán configurar sanamente su vida futura.

Si he hecho esta breve referencia a la significación profunda del cuento de hadas, es porque me parece importante que tengamos en cuenta dicho carácter moral y sexual a la hora de considerar *Ceremonia secreta*, ya que el texto de Denevi, tanto como señala explícitamente —si bien de forma sutil y casi como un guiño al lector avisado— su relación con el universo del cuento maravilloso —me refiero a la comparación final de la metamorfosis que sufre Cecilia ante la muerte con la de la campesina que se transforma en princesa en las "fábulas antiguas"—, pone de manifiesto de entrada el carácter esencialmente sexual del conflicto que signa la vida de la protagonista. Como se nos dice casi apenas se abre el relato, para la pudibunda y solitaria Leonides Arrufat, el sexo es la "Bestia" que todo lo emponzoña y arruina. De allí, su cómica entrega de secretas "ofrendas florales" urticantes a Natividad González cuando se inicia la acción, tanto como, según lo veremos en detalle más adelante, su ajusticiamiento final de la fatídica Belena.

Es decir que este moderno e irónico cuento de hadas, replantea el camino iniciático del héroe tradicional en su enfrentamiento con la sexualidad, sólo que en lugar de resolverlo en una reconciliación con ella a partir del establecimiento de una relación personal que la incluya —las bodas del príncipe y la princesa—, la expulsa definitivamente del universo de los personajes protagónicos, reemplazándola por la relación "blanca" de una maternidad espiritual que encuentra su afirmación en el crimen con el que se cierra el texto y la soledad que le sucede.

Dicho desplazamiento radical, determina prácticamente la totalidad de las alteraciones y divergencias que establece la *nouvelle* con sus modelos tradicionales, lo cual le confiere su peculiar productividad significativa y su carácter de "recuento" paródico, en gran medida similar a las múltiples recreaciones desviadas que hará Denevi en sus libros ulteriores del acervo universal de mitos, fábulas y leyendas.

Considerada desde esta perspectiva, la aventura de la mamarrachesca y entrañable Leonides Arrufat resulta equivalente a la de cualquiera de los múltiples héroes que animan el cuento popular, en tanto implica un conjunto de pruebas para acceder al carácter de héroe (heroína) y merecer el amor de la princesa. Sólo que aquí, si bien las pruebas y el espacio mágico —la casa de los Engelhardt— presentan sugestivas vinculaciones y similitudes con los propios del periplo heroico, en lugar de un príncipe tenemos a una solterona, por lo cual el vínculo amoroso, del plano erótico pasará al filial, tanto como la sexualidad —incluida implícitamente en las bodas que cierran de forma canónica el relato maravilloso— quedará expulsada, por inasimilable, del universo de mujeres solas en que transcurre la acción. Pero veamos tales coincidencias y divergencias con mayor detalle.

Me refería, en el párrafo anterior, al espacio mágico donde se cumplen las pruebas y, en efecto, a los ojos de la protagonista, la casa de Cecilia aparece como un auténtico castillo de cuento de hadas. AI igual que en éste, su cámara maravillosa —la habitación de Guirlanda— está rodeada de un ámbito siniestro que la encubre —el resto de la casa corroído por la mugre, el abandono, las alimañas y los rancios olores a medicamentos— y en ella se abre un espacio de metamorfosis y transformaciones que nos hace recordar las mutaciones por las que debe pasar el príncipe para lograr su cometido. Aquí, sin embargo, no se trata ya de transformarse en pájaro u otro objeto o animal mágico, sino de asumir primero el aspecto y luego la función de Guirlanda Santos, la madre muerta de Cecilia. Esta mutación superará el mero disfraz posteriormente, cuando Leonides, bajo el nombre de Anabelí, la inventada prima de Guirlanda, visite a Encarnación y Mercedes y las expulse a esas "viejas bribonas" de la vida de Cecilia. Al respecto, esta segunda instancia de su metamorfosis en Guirlanda —que se cumplirá casi definitivamente al volver al espacio mágico proclamándose la madre muerta— nos remite también a la destrucción de los guardianes que tradicionalmente mantienen encarcelada a la princesa en el cuento maravilloso. El factor de vinculación aparece en las comparaciones de las dos mujeres con animales—el oso, la serpiente y la cabra—, que recuerdan a los que la fantasía popular imaginó como carceleros de la heroína.

Librodot

Estas pruebas y transformaciones implican, a su vez, reconocer en Cecilia al objeto amado. La muchacha, al igual que las princesas de numerosos cuentos infantiles, presenta un aspecto y una condición alterados por intervención de la "bruja mala" —Belena— y tanto como su aspecto de "campesina" o "animalito" actualiza el motivo de la princesa-sapo y de Cenicienta, su atontamiento —el "profundo sueño mórbido" en el que se refugia la joven tras el trauma de la violación—, nos remite sutilmente al "sueño" en el que quedan sumidas la Bella durmiente y Blancanieves. Sólo que aquí, como lo dice el texto, cuando las pisadas del visitante se detengan y ella salte de su sueño, no será para caer en brazos del príncipe prometido y partir hacia el banquete nupcial, sino para entrar en la muerte. Porque, de nuevo, a diferencia de lo que ocurre en el cuento de hadas, a esta princesa no se le ha prometido un héroe que la iniciará en el amor y el sexo sancionados por la comunidad a través de las bodas, sino la ascesis que alcanza su realización más pura en la muerte.

Este aspecto nos lleva a la consideración del personaje del padre. En el universo del cuento maravilloso, las princesas son hijas de un rey terrestre, cuyo interés está centrado en el entorno social y material del reino y para quien la hija es la garantía de la transmisión de la riqueza y la estirpe. En cambio, Jan Engelhardt es, en palabras de Cecilia, "el sabio, el mago, el santo", el hombre del espíritu y las ciencias ocultas que, lejos de preparar a la hija para el reino de este mundo la hace su discípula en la purificación por medio del dolor y la prescindencia respecto del mundo y sus dones. Aquí, en consecuencia, no hay promesa de descendencia o de continuidad social, por lo cual no cabe la sexualidad sino el ascetismo, no se registra una búsqueda de un intercambio interpersonal sino la de la soledad. En rigor, lo único que queda en esta especie de Amfortas que es Jan Engelhardt de las señales propias del rey del cuento de hadas, es el dinero, pero que en la *nouvelle* funciona esencialmente como marca de aristocracia, no ya de poder material.

En un mundo donde sexo y dinero están excluidos en aras de la purificación y el sufrimiento, es coherente, entonces, que, por el contrario, la bruja mala o dragón fatídico, cuya destrucción finalmente calificará al príncipe-solterona como madre-pretendiente, los ostente como su marca. Y, en efecto, Belena, si bien se nos dice muy poco de ella, está caracterizada como una mujer ambiciosa y sexual, cuya desmesura ante la "carne" y el dinero no la hacen retroceder ni ante el asesinato. En cuanto a sus maquinaciones para deshacerse de Cecilia, es llamativo cómo en Belena reaparece el tema de la madrastra asesina de Blancanieves: al igual que ella Belena le ordena a un hombre joven —que aquí es su amante, no el montero tradicional— que mate a la muchacha, pero éste no cumple. Sólo que para Cecilia no habrá más "enanitos" salvadores que la intrépida solterona, a quien encuentra en el "bosque" de la locura al que la ha confinado el horror de la violación.

Por fin, y como ya lo señalé antes, el ajusticiamiento de la bruja-madrastra constituye la prueba calificatoria final por la cual Leonides —la pretendiente a madre— asumirá de forma radical su papel materno. Sin embargo, y según el contexto significativo del relato, se trata de una madre trágica, una madre/muerte, ya que al haberse expulsado la sexualidad de forma definitiva, no puede haber bodas ni retoño posible, por lo cual el banquete nupcial de la princesa nubil se transforma en el velorio de la mujer violada y el niño que nunca llegó a nacer.

Esta violenta divergencia respecto del festivo universo del cuento maravilloso, sin embargo, no es algo que se produzca inopinadamente en el relato, sino que va acompañada por un conjunto de elementos de inversión —por llamarlos de alguna manera— que confirman, y a veces anticipan el carácter luctuoso de la aventura en la que se ve embarcada la protagonista.

Sí, haciéndole caso a Roland Barthes, nos fijamos en la forma como empieza y como termina el relato, advertimos que la oscuridad, el luto, la soledad y la muerte caracterizan la atmósfera de la *nouvelle.* En efecto, ésta se abre cuando aún no ha comenzado a clarear, con la solitaria figura de Leonides rigurosamente vestida de negro atravesando las calles vacías, con aspecto de "pope que al abrigo de la noche huía de alguna roja matanza", y se cierra casi circularmente con su misma figura lúgubre que, en la noche, ahora sí huye de la roja matanza que queda a sus espaldas. Tal sutil correlación, en otro sentido, nos da la sensación de que el

Librodot

texto ha trabajado específicamente para transformar en atributo concreto y real el primer símil ominoso, y convertir en "ceremonia secreta" los ritos florales que el "pope" corría a oficiar.

Idéntica función alusiva a la inversión que sufren los elementos tradicionales en la *nouvelle* la cumplen los nombres atribuidos a los personajes femeninos. Porque ocurre que todas las mujeres negativamente caracterizadas en la historia —Belena, Natividad, Encarnación y Mercedes— llevan nombres asociados a la Virgen, mientras que las valoradas —Leonides, Cecilia, Guirlanda y la ficticia Anabelí— se apartan de dicha asociación. Asimismo, las nominadas según la Virgen, en otra vuelta de tuerca irónica, no tienen hijos y oscilan entre la prostitución y el crimen, por un lado, y formas menores de la delincuencia —los mezquinos robos de las dos hermanas— y la hipocresía, por el otro, mientras que las demás, aunque sea espiritualmente —como es el caso de Leonides-Anabelí— son madres y representan las diversas formas del bien en el universo del relato. Como si, desde el puro nivel discursivo, se subrayara que en este texto nada es lo que parece e impera el principio de la reversión.

Un tercer elemento de inversión está representado por el lapso temporal en el que se desarrolla el desenlace del relato: el carnaval. Tal como lo ha señalado Mijail Bajtin en su conocido estudio sobre el contexto cultural de Francois Rabelais[3], el carnaval representa un momento de muerte-renacimiento en el cual, a partir de la inversión del orden jerárquico que domina lo social, pueden liberarse las fuerzas vitales asociadas con las funciones "bajas" del cuerpo, estableciéndose un "mundo al revés" utópico, en el que lo popular insufla su vitalidad y su risa liberadora en el orden opresivo y esclerosado oficial. Sin embargo, en *Ceremonia secreta* el carnaval, lejos de abrir una dimensión de vitalidad aparece como una instancia de muerte y tragedia, en tanto está despojado de la vida representada por la sexualidad, en favor de una espiritualización que niega lo material.

Asimismo, puede ponerse este desplazamiento del canon propio del cuento de hadas en relación con la incorporación del segundo código literario que aparece en el texto: el del relato policial. En efecto, tanto como Leonides en un nivel es el príncipe-solterona, también es el detective que, a través de una arriesgada investigación consigue rearmar el enigma y descubrir al asesino: Belena. Sólo que, apartándose de la estructura tradicional de la narración detectivesca de enigma que aparecía en *Rosaura a las diez*, en favor de la propia de la "novela negra", no se trata ya de un detective pasivo que intelectualmente desanuda los hilos de la intriga sentado en su gabinete, al estilo del inspector Baigorri, sino de uno activo que pasa de investigador a asesino justiciero, vengando con sus propias manos la violación y la muerte de Cecilia, al margen de toda intervención policial.

En esta reapropiación del esquema del relato detectivesco nos encontramos con el mismo tipo de desplazamiento que se producía en el caso del género popular anterior: el héroe no es ya el duro investigador solitario que empezaron a delinear Chandler y Hammet, sino una solterona de mediana edad, un tanto mamarrachesca pero entrañable que configura uno de los antihéroes más llamativos de nuestra ficción.

En este punto, creo que se impone, aunque sea, una mínima reflexión acerca del papel que cumplen los personajes femeninos y masculinos en el texto.

Según lo hemos visto a partir de la manipulación transgresora que hace el texto de los topoi del cuento de hadas y del relato detectivesco "negro", el lugar que canónicamente ambos géneros le atribuyen al héroe joven y apuesto, aquí es asumido por una mujer fea, ridícula y madura que, a partir de su soltería y su rechazo horrorizado del sexo sólo guarda de mujer la posibilidad del amor materno. Al margen del juego irónico con los estereotipos machistas de larga data que esto entraña, creo que tal sustitución apunta a una exclusión deliberada del varón de sus lugares de poder y seducción tradicionales, rasgo que se confirma y adquiere una connotación aún más radical cuando consideramos al resto de los personajes femeninos, pues advertimos que todas las mujeres que han tenido algún contacto con hombres mueren, mientras que sólo sobreviven aquellas que han eludido dicho comercio funesto: las solteronas, si bien en los dos grupos encontramos tanto mujeres buenas como malas, ordenadas según el

[3] Bajtín, Mijail: *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento.* Barcelona, Barral, 1974.

rígido sistema de valores morales del cuento de hadas y el melodrama.

Es decir que lo masculino parecería emerger como instancia auténticamente letal dentro de la *nouvelle*, idea que se confirma cuando consideramos a los dos únicos hombres operantes en el relato: Jan Engelhardt y Fabián. Si bien por medios absolutamente opuestos —en uno la ascesis espiritual, en el otro la sexualidad y la delincuencia— y con sentidos también contrarios —pues la muerte para la que Jan se ha preparado y ha preparado a su hija es la de la carne, a fin de que el espíritu resplandezca, mientras que Fabián infiere la muerte con y por el sexo y el dinero—, ambos son vehículos de la muerte. Claro que en esa diferencia se dibuja precisamente el elemento causante de todas las catástrofes en la *nouvelle* y al que ya me he referido varias veces: la sexualidad. En el contexto de tal repudio, por fin, adquiere su ambigua significación la maternidad espiritual de Leonides, la cual a pesar de ser auténticamente por amor, está marcada por una patética esterilidad.

Como último factor en este juego con los géneros y la tradición que caracteriza al texto de Denevi, me parece importante detenerme en las estrategias de manipulación del lector que este gran ilusionista pone en funcionamiento.

Porque, más allá del habilísimo manejo de un aparente realismo —que en los diálogos alcanza una mímesis perfecta de la lengua coloquial— a partir del cual se monta una atmósfera mágica y una trama que desafía, por sus sutiles lazos con el cuento de hadas, toda verosimilitud realista; de la articulación de una fina observación psicológica con los códigos del relato maravilloso y detectivesco; y del virtuosismo en el manejo del lenguaje, quizás el aspecto más original de su construcción del relato sea su manipulación del lector a partir de una ambigua y omnipresente voz narrativa.

En efecto, a partir de esa voz, que haciendo gala de una total libertad, opina sobre los personajes y las situaciones en toda la primera parte de la *nouvelle,* por momentos se dirige directamente al lector, desaparece tras el diálogo organizado según los cánones dramáticos en la escena del enfrentamiento entre Leonides/Anabelí y las dos hermanas, para, por fin, permitirse un estallido afectivo respecto de la protagonista, se va dosificando con mano maestra el interés del lector y su compromiso con el mundo narrado, así como se consigue articular el pasaje del tono predominantemente paródico del comienzo al pathos trágico del final. Guiado por dicha voz, el lector lentamente va pasando de la actitud distanciada y crítica del comienzo a un tipo de atención propia del niño o del adicto a la novela policial o al folletín, en la que se pone entre paréntesis el principio de incredulidad fomentado al comienzo y, tanto como se potencia un tipo de compromiso afectivo e identificatorio que asegura el efecto emotivo del texto, se lo hace ingresar al lector, con total aceptación, en un universo misterioso y donde se suspende la verosimilitud realista. En cierta forma, Denevi, sin pronunciar el ritual "Había una vez..." que abre el cuento de hadas y, lo cual es un auténtico *tour de force*, apelando a un supuesto realismo, va generando en el lector la peculiar actitud de quien acepta sin objeciones un universo maravilloso. Y una vez allí, en plena tienda del ilusionista y siempre apoyándose en esa hábil voz narrativa, consigue descender desde él al mundo también estilizado pero sin duda diferente del gran melodrama romántico. Porque ese final con cirios y ataúdes y el ruido siniestro del carnaval, en que una mujer largo tiempo inmóvil mata con un estilete a la hermosa villana nos remite al mundo de la gran novela romántica de tintes góticos, quizás la única modulación trágica posible para el derrumbe del ilusorio mundo del cuento de hadas.

Sin duda podrían decirse muchas cosas más de este fascinante relato, pero mi interés fundamental ha sido señalar hasta qué punto desde su peculiar procesamiento irónico de los géneros literarios menores, *Ceremonia secreta* anticipa el nuevo tipo de ficción paródica pero que reivindica la validez del puro funcionamiento de la máquina ficcional que se ha ido imponiendo en la literatura de fin de siglo. El resto, es el placer de la lectura que, como siempre ocurre con Denevi, resulta superlativo.

Librodot

Marco Denevi

Marco Denevi es uno de los más sorprendentes escritores hispanoamericanos de la hora actual. Hay algo, o mucho, de magia en su producción literaria: magia para ver el mundo y las gentes no en las dimensiones que todos conocemos, sino por debajo de las dimensiones, allí donde toda frontera se borra y los objetos reales adquieren presencia humana mientras los hombres se desdoblan y empiezan a actuar como enemigos de sí mismos. Es difícil, acaso imposible, prever lo que harán los personajes de Denevi. Quizás el autor no lo sabe tampoco cuando comienza a escribir su historia y se entusiasma con las sorpresas que se avecinan. Da la impresión de que los personajes le buscan —no como en la obra de Pirandello en la que reconocemos un amable e inofensivo truco— sino, más bien, con malas intenciones y por mandato ajeno.

Prevalece en su mundo literario una especie de locura activa que al lector le pone los pelos de punta: principalmente porque es una locura diabólicamente ingeniosa.

Denevi trabaja a base de una realidad minuciosamente observada.

Sus ambientes de Buenos Aires son verdaderas joyas de clásico realismo.

Nada falta allí: ni las casas, ni las mansiones, ni la luz ni el tiempo, ni los parques ni el río, ni los olores ni la oscuridad, ni los objetos ni los prisioneros de los objetos. Pero esos objetos pretenden sobrevivir a sus dueños. Y en ese duelo comienza el frenesí. En *Rosaura a las diez* —la mejor novela policial que se ha escrito en lengua española (novela policial sin policías, naturalmente), se parte de una patética situación dostoievskiana que Denevi meticulosamente desarma en cada uno de sus elementos pasionales para construir luego, un cuadro de espesos tonos en que la pobre humanidad del barrio bonaerense, sueña, ama, castiga sufre y mata, como parte del diario vivir. Denevi pinta con trazo caprichoso; ve la miseria detrás de la dignidad; el mamarracho de circo bajo la circunspección. Sus apartes, para calificar la actitud o el gesto o la palabra y hasta la condición de un personaje, son de un ingenio asesino. Personaje que describe no se levanta ya como ser humano: llevara varios seres humanos a la siga, pegados igual que parches de un espantapájaros, persiguiéndole eternamente con su trágica impotencia.

Y, junto a eso, ve la poesía excelsa que irradia el ser humano en sus ratos de tranquila angustia. Una mesa o una cama o un cielo sobre el río o una calle al amanecer. Cualquier cosa le basta para que, mirando a través del hombre como si el hombre fuera una grieta en alguna pared del mundo, vea a la vida vibrando, a veces, con honda y seria ternura.

FERNANDO ALEGRÍA

Universidad de Berkeley, California



Aún no había comenzado a clarear cuando la señorita Leonides Arrufat salió de su casa.

No se veía un alma en la calle.

La señorita Leonides caminó pegada a las paredes, los ojos bajos, el cuerpo tieso, el paso enérgico y casi marcial, como conviene que camine a esas horas una mujer sola si además es honesta y por añadidura soltera, aunque tenga cincuenta y ocho años. Porque nunca se sabe.

(Pero, ¿quién se hubiera atrevido a abordarla? Vestida toda de negro, de pies a cabeza, en la cabeza un litúrgico sombrero en forma de turbante, al brazo una cartera que semejaba un enorme higo podrido, la figura alta y enteca de la señorita Leonides cobraba, entre las sombras, un vago aire religioso. Se la hubiera podido confundir con un pope que al abrigo de la noche huía de alguna roja matanza, si la sonrisa que le distendía los labios no mostrase que, por lo contrario, aquel pope corría a oficiar sus ritos).

Marchaba tan de prisa que las rodillas, filosas y puntiagudas, golpeteaban en la falda del vestido, en el ruedo del tapado, y vestido y tapado le bailaban alrededor de las piernas como una agua revuelta en la que chapotease, y de cuyas salpicaduras parecía querer salvar el ramito de hojas y de flores que sostenía reverentemente con ambas manos a la altura del pecho.

Al llegar a la casa de aquel niño paralítico que una vez le había sonreído depositó sobre el umbral de la puerta de calle una flor de pasionaria, inclinó la frente, y en voz alta rezó: ***"Oh, Señor, a cuya voluntad corren los momentos de nuestra vida, acoge las ruegos y ofrendas de tus siervos, que te imploran por la salud de los enfermos, y sánalos de todo mal".***

Siguió caminando.

En el balcón de la casa de Ruth, Edith y Judith Dobransky puso una rama de vincapervinca atada con una cinta rosa, y oró: ***"Que el Dios de Israel sea el tabernáculo de tu virginidad, oh doncella, y te salve de las tentaciones de la serpiente".***

Siguió caminando.

Arrojó tres hojas de cineraria en el jardín de un chalet frente al cual, varios días antes, había visto detenido un cortejo fúnebre, y en un intrépido latín musitó: ***"Requiem ae ternam dona eis, Domine, y lux perpetua luceat eis".***

Siguió caminando.

Ahora le llegaría el turno a Natividad González. A esa mujerzuela le dejaba diariamente, desde hacía meses, una ostentosa rama de ortiga. La señorita Leonides tenía decidido que la rama de ortiga fuese como una esquela donde, sin usar malas palabras pero con todos sus puntos y comas, se invitara a la destinataria a mudarse de barrio. Pero Natividad González parecía ser analfabeta al idioma de la ortiga y no se mudaba nada. De modo que la señorita Leonides se veía en la penosa obligación de insistir en sus urticantes intimaciones de desalojo.

Pero cuando aquella mañana se detuvo frente a la casa de Natividad, cuando abrió la cartera y, conteniendo la respiración (a fin de volverse inmune al veneno de la ortiga), extrajo su mensaje; cuando iba a colocarlo sobre el umbral, un rayo cayó sobre ella y la fulminó. El rayo era Natividad.

La cual Natividad, con cara de no haber dormido, con cara de haber estado toda la noche en acecho, pálida y despeinada, se plantó frente a la señorita Leonides y se puso a insultarla clamorosa y concienzudamente. La llamó con nombres erizados de erres y de pes como de vidrios rotos, le adjudicó imprevistos parentescos, le atribuyó profesiones a las que se suele calificar ya de tristes, ya de alegres; la apostrofó como los peores pecadores seremos apostrados el Día del juicio, y, en fin, la exhortó a perpetrar con la pobre ortiga los más heroicos y los menos vulgares usos y abusos. Se hubiera dicho que Natividad se había multiplicado por ciento y que las cien Natividades chillaban todas juntas. ¿De dónde sacaría aquella mujer tantas palabras? La señorita Leonides tuvo la aterradora sensación de una lava volcánica que avanzaba hacia ella y en la que, si no escapaba a tiempo, quedaría atrapada para siempre como un habitante de Pompeya. Para zafarse del río de fuego y no morir dio media vuelta, y todo lo decorosamente que pudo, se alejó.

(Quiero decir que corrió como una loca, por cuadras y cuadras, hasta que no pudo más. Cuando las piernas se le doblaban como alambres se detuvo. Jadeaba. El tambor del pulso le ensordecía los oídos. Debajo de la ropa todo su cuerpo destilaba un mucílago helado. Los pies le latían como corazones. Bizqueaba y sentía deseos de vomitar. Tardó un siglo en serenarse).

Para ir a tomar el tranvía dio un larguísimo rodeo, porque allí mismo se juró no volver a pasar jamás delante de la casa de Natividad. Jamás. Y como refirmando aquel solemne juramento, arrojó al suelo el resto de las flores que todavía conservaba en una mano y que parecían repentinamente marchitas, quemadas, sin duda, bajo el azufre de los insultos.

Entretanto, una especie de relámpago fijo se instalaba en el cielo, y espoleado por esa tormenta apareció, como salido de alguna casa, el primer tranvía.

La señorita Leonides lo tomó, se sentó junto a una ventanilla, y una infinita calle, compuesta con los trozos de muchas calles, comenzó a rodar bajo sus ojos. Se lo conocía de memoria ese itinerario. Pero no importa, ella siempre hallaba la forma de entretenerse. Contaba, por ejemplo, los árboles de la acera (salteándose uno que otro que le resultaba antipático), buscaba en los carteles murales las letras de su nombre, trataba de adivinar cuántas personas de luto vería antes de llegar a la sexta bocacalle. Cuando se tiene imaginación, uno no se aburre.

(La verdad es que estos juegos habían terminado por convertirse en obsesiones. La señorita Leonides no podía sentarse en el cuarto de baño sin contar los azulejos de la pared. En la cocina solfeaba furiosamente con los ocho vidrios de una ventana. Mientras caminaba por la calle iba agrupando los mosaicos en cruces, en estrellas, en grandes figuras poligonales. A veces el dibujo era tan complicado que tenia que dejar de caminar para terminarlo. Y entonces había que verla, de pie en medio del río de peatones, paseando por el suelo un arabesco de miradas que excitaba la curiosidad de todo el mundo).

Pero aquella mañana la señorita Leonides no estaba para juegos. Tan pronto como se ubicó en el asiento de madera del tranvía, los céfiros del pensamiento la raptaron y le llevaron lejos, la transportaron hasta la casa de Natividad González.

¡Dios mío, qué lenguaje había empleado aquel basilisco! La señorita Leonides no recordaba, concretamente, ninguna palabra; todo se fundía en un mismo galimatías inextricable. Pero que esa fritura estaba condimentada con los insultos más atroces, no lo dudaba. Fíjese: una mujerzuela se permitía vejar, en plena calle y a voz en cuello, a la señorita Leonides Arru-

fat. Y ella, ¿cómo se lo había consentido? Ah, no, era necesario volver a poner las cosas en su sitio. Y comenzó a injuriar mentalmente a Natividad. No disponía del vasto repertorio de la otra, pero ¿qué importaba? Se conformaba con una sola palabra. Una palabra terrible. ***Arrastrada***. Y la repetía como una fórmula mágica,-como un conjuro, como quien redobla golpes sobre un clavo rebelde. La repetía hasta el éxtasis, hasta el vértigo y la embriaguez angélica. Se imaginaba que aquella palabreja, así salmodiada, volaba por encima de las calles y los edificios, llegaba hasta la propia Natividad, caía sobre la miserable como una lluvia de ardientes alfileres, la derribaba y la arrojaba al suelo, allí le sorbía el orgullo, la juventud, la belleza, aquel maligno vigor que había despegado con la señorita Leonides, y, por fin la abandonaba como una nube de langostas a un árbol seco.

(Y mientras concebía estos seductores destinos para Natividad, la señorita Leonides temblaba en su asiento y hacía pequeños ademanes y gestos espasmódicos, de modo que la persona sentada a su lado podía pensar que la señora del turbante abacial no estaba en sus cabales. O tal vez pensase, como alguien lo pensó, que la había reconocido y que toda esa mímica era atribuible a la emoción o equivalía a un secreto mensaje cifrado).

De pronto la señorita Leonides recordó algo. Sí, un pequeño episodio dentro de la gran escena con Natividad. En su momento lo había mirado sin verlo, y en seguida el terror lo sepultó bajo sus ondas. Pero ahora que esa agua turbia se había evaporado, el pequeño episodio reaparecía. Fíjense que Natividad, mientras acribillaba de palabrotas a la señorita Leonides, había acercado inadvertidamente un pie descalzo a la ortiga, y la ortiga la había mordido. Como diciéndole: ***"Grazna todo lo que quieras, que yo lo mismo te clavo las uñas, porque así !o ordena mi ama. Yo la obedezco a ella, no a ti"***. Y Natividad había dado un respingo, había apartado el-pie de la ortiga como de una brasa, y exacerbada más por la humillación que por el dolor se había puesto a aullar como una loca. Recordándolo, la señorita Leonides sufrió un ataque de hilaridad. Se sofocaba. Debió llevarse el pañuelo a los labios. Pero no pudo evitar que los hombros se le sacudiesen y que una ráfaga de risa se le escapara estrepitosamente por la nariz.

Espantados por ese ruido, los céfiros soltaron a la señorita Leonides y la dejaron caer otra vez en el tranvía. La señorita Leonides se movió sobre su asiento, tosió, compuso una cara de dignidad ultrajada y se volvió hacia la persona ubicada a su lado.

Fue como virar en redondo y chocar con la punta de un cuchillo. Porque la persona ubicada a su lado era una muchachita (confusamente la distinguió rubia, un poco gorda, vestida de luto), y esta muchachita, hundida en su asiento, las manos en los bolsillos del abrigo, inmóvil y como con el alma en suspenso, tenía el rostro resueltamente vuelto hacia la señorita Leonides y la miraba. Pero la miraba no como una persona momentáneamente sorprendida porque oyó que alguien se reía solo, sino como quien espera esa risa y sabe que después de esa risa ocurrirá una cosa tremenda, y ahora espera que esa cosa tremenda suceda.

La señorita Leonides apartó la vista (la apartó trabajosamente, como si para hacerlo, qué cosa tan extraña, hubiera tenido que desmontar un engranaje) y se dedicó a mirar a través de la ventanilla. Esperó un rato y luego miró hacia adelante. No necesitó más para comprobar que la muchacha no había cambiado de posición.

Volvió a mirar por la ventanilla y volvió a mirar hacia adelante. La muchacha no se había movido.

"Es una pobre loca", pensó.

Pero con pensar que es una pobre loca no se gana mucho si la pobre loca está sentada a nuestro lado y nos escruta hipnóticamente. La señorita Leonides no sabía qué hacer. Se sentía vagamente amenazada. Le parecía que aquella muchacha había comenzado a envolverla, a comprometerla. A partir del momento en que las dos se miraron, la joven había dejado de ser una desconocida. Estaba posesionándose de ella. La invadía. Le trasvasaba una responsabilidad, una carga, un peligro. Hasta la coincidencia de estar vestidas de luto creaba entre ambas un misterioso vínculo que las separaba de los demás y las colocaba juntas y aparte.

Los ojos de la señorita Leonides iban de la ventanilla a la puerta delantera del tranvía y viceversa, y gracias a ese ir y venir vigilaba a la muchacha. Y la muchacha seguía mirándola.

La señorita Leonides abrió y cerró repetidas veces la insondable cartera, carraspeó enérgicamente, canturreó en voz baja, se puso a leer las fascinantes inscripciones del boleto, demostró en todas formas que no estaba intimidada.

Y la muchacha seguía mirándola. Seguía mirándola, seguía mirándola.

"Como me siga mirando así (gemía mentalmente la señorita Leonides) voy a preguntarle si tengo monos en la cara. ¿Pero no se da cuenta del papel que hace? ¿O seré yo la que llamo la atención? ¿Tendré algo en la oreja? ¿Se me habrá puesto la cara violácea? ¿Estaré por morirme?"

Abandonándose a una suerte de vértigo sé volvió hacia la joven. ¿Para qué lo hizo? Debió apartar rápidamente la vista. Pues aquella chiflada seguía mirándola, si, pero las pupilas que antes parecían esperar algo tremendo ahora se habían hecho añicos. La muchacha lloraba. Lloraba silenciosamente, sin un gesto, sin un movimiento. Lloraba con las manos en los bolsillos. Encogida en su asiento, lloraba. Lloraba y miraba a la señorita Leonides. Miraba a la señorita Leonides y amargamente le reprochaba no cumplir con el pacto.

¿Con el pacto? ¿Con qué pacto? La señorita Leonides perdió la cabeza. Bruscamente se puso de pie, pasó por delante y por encima de la joven, literalmente la aplastó, sintió bajo sus pies los pies de la otra, le pareció que la muchacha intentaba detenerla, que murmuraba algo, pero ella no debía escucharla, porque si la escuchaba estaría perdida, perdida para siempre. Corrió por el pasillo, chocó con un pasajero, le gritó al conductor que detuviese el tranvía, cuando el tranvía llegó a la esquina se arrojó del pacífico vehículo como de un edificio en llamas, trastabilló, estuvo a punto de caer, se alejó por la calle a todo lo que se lo permitían las piernas. Ni una sola vez se volvió a mirar hacia atrás.

Estaba en San Martín. Desde San Martín y Córdoba oyó las campanas del Santísimo Sacramento. La iglesia la acogió como siempre la recibían todas las iglesias: como el asilo secreto que la ponía a salvo de los infinitos males de este mundo.



Después, todo sucedió como en el juego de la oca loca, en el que una ficha avanza lentamente, caprichosamente, deslizándose aquí, deteniéndose allá, por un camino zigzagueante

dibujado sobre un cartón multicolor, y otra ficha, más atrás, la sigue, marchando ella también a intervalos, hasta que de súbito, y cuando el azar lo dispone, la segunda ficha alcanza a la primera y entonces las dos, la perseguida y la perseguidora, saltan fuera del camino y van a encerrarse juntas en un escaque como en una fortaleza.

La señorita Leonides entró en el Santísimo Sacramento, oyó (ay, distraídamente) misa, volvió a salir, desde el atrio espió los alrededores, no vio a la muchacha de luto (la muchacha de luto estaba dentro del templo, de pie entre dos confesionarios, en un rincón penumbroso), descendió a la calle y tomó por San Martín hacia el Norte.

Atravesar la plaza le acarreó dos disgustos. El primero: aquella pareja. ¿Cómo es posible tener deseos de abrazarse y de besarse en una plaza, a las ocho de la mañana? Pasó frente a ese triste espectáculo haciendo como que no lo veía. Pero oyó. Oyó la risa de la mujer. La señorita Leonides apretó los labios. ***Arrastrada. Arrastrada. Arrastradarrastradarrastrada.***

El segundo disgusto: los muchachones. No hay, en todo el universo de galaxias y nebulosas, nada tan temible como una horda de muchachones. No se sabe cómo se forman, de dónde provienen, pero allí están más unidos que los bulbos de una raíz, enredados en un intrincamiento de palabrotas y ademanes obscenos, adheridos unos a otros hasta formar una sola masa coralígena. Mírenlos. Se saludan a zarpazos. Casi no hablan. Se entienden con risitas, con guiños, con fórmulas en clave. Adoptan un aire sigiloso y taimado como si estuvieran tramando quién sabe qué complot. Y si una mujer pasa junto a ellos, todos la miran, ya torvamente, ya con arrogancia, como si le conocieran algún secreto y la amenazaran con divulgarlo. Pero nunca .son más feroces que cuando están instalados en sus esquinas como en un aduar. Hay que ser mujer y atravesar ese campo minado para saber lo que es el ludibrio y el vejamen del sexo. Créanle a la señorita Leonides.

Y bien; su ojo de lince le descubrió desde lejos el peligro. Una banda de muchachones venía a su encuentro. La señorita Leonides dio media vuelta y se volvió por donde había venido. Tuvo que pasar otra vez frente a la pareja (y la mujer, otra vez, se rió provocativamente. "Me gustaría verte muerta", pensó la señorita Leonides), tuvo que bajar escalones, subir escalones, caminar varias cuadras de más. Pero todo es preferible.

A las nueve llegó al cementerio. Visitó los tres monumentos iguales, de mármol gris. Leyó, como lo hacía siempre, en una especie de saludo, las inscripciones que ya comenzaban a borrarse. Aquiles Arrufat. † 23 de marzo de 1926. Leonides Liegat de Arrufat. † 23 de marzo de 1926. Robertito Arrufat. † 23 de marzo de 1926.

"Hoy no les he traído flores", les explicó en voz alta, "porque las que traía me las manchó esa mujerzuela, ustedes saben, esa Natividad".

Deambuló un rato entre las bóvedas y los panteones. Al doblar un recodo, inopinadamente, la vio.

Estaba allí, a pocos metros de distancia, como cerrándole el paso. La señorita Leonides se detuvo y las dos se miraron.

Ahora podía observarla mejor. Era de baja estatura, un poco gorda, de gordas piernas cortas. La cabeza, demasiado grande para aquel cuerpo, lo parecía aún más a causa de la profusa cabellera rubia que la enmarcaba. El rostro, ancho y de facciones algo toscas, irradiaba inocencia y bondad, como el de una campesina, y esta semejanza se veía acentuada gracias a una suerte de arrebol, a un curioso abotagamiento que congestionaba aquellos rasgos ya de por sí esponjados, como si la joven sostuviera un enorme peso sobre la cabeza. Por lo demás, vestía ropa de calidad. En cambio, no se le veía ninguna alhaja. Ni guantes, ni cartera, ni sombrero. Y eso era todo.

"Vaya", pensó la señorita Leonides con alivio, "si es una pobre chica inofensiva. Me da la impresión de una extranjera que se ha perdido y quiere preguntarme cómo volver a su casa. Francamente, no sé por qué he hecho tantas historias arriba del tranvía".

Era todo y no era todo. Pues alguien nos ha mirado largamente y ha llorado. No se llora porque sí. Después nos ha seguido a través de media ciudad, hasta que volvemos a enfrentarnos. Entonces nuevamente nos mira. Ya no derrama lágrimas absurdas. Ahora se queda inmóvil, en una actitud de ofrecimiento y renuncia, de súplica y resignación. Y cediéndonos la ini-

ciativa, aguarda dolorosamente qué es lo que haremos. Se necesita ser de hierro para rehusarse y pasar de largo. Esa presencia allí es una pregunta que es necesario contestar, por sí o por no. Hay que decidirse. Y la señorita Leonides no era de hierro. Era de cera y de manteca. De modo que la señorita Leonides, sin pensarlo más, se decidió.

Quiero decir que se sonrió. Y como si esta sonrisa hubiera abierto de golpe una hendedura en su espíritu, la señorita Leonides se precipitó al vacío e, incapaz de dominar sus movimientos, hizo varios ademanes, como un saludo. Fue suficiente. Un vertiginoso mecanismo entró en función. Como lanzada por una mano brutal, la muchacha se abalanzó sobre Leonides y la abrazó, se aferró a su cuello, apoyó la cabeza en su magro busto de solterona, todo su cuerpo le vibraba como si estuvieran flagelándola. Y entretanto, debajo de la mata rubia se oía un llantito, o una risa convulsa, un estertor de animalito enloquecido, una cantilena inarticulada que paulatinamente se transformó en una palabra, una sola, repetida en el tono del más delirante arrobamiento:

—***Múa, múa, múa, múa múa***.. .

La señorita Leonides parpadeaba de estupor.

Hasta que la cantilena fue extinguiéndose, la enorme mata de pelo rubio se agitó y se separó del pecho de la señorita Leonides; debajo, tímidamente, como una bestezuela recelosa, apareció el rostro de la muchacha. Con una especie de pánico la señorita Leonides la miró. La miró, y no vio los surcos de seda de las lágrimas, ni la frente que brillaba de sudor, ni la sonrisa espectral, ya dolorosa, ya regocijada que aparecía y desaparecía incesantemente entre los labios, ni la garganta hinchada como un buche de paloma. La señorita Leonides vio únicamente los ojos. Así, con esos mismos ojos, la había mirado Robertito aquel 23 de marzo de 1926. Una piedad inmensa y una infinita dulzura la poseyeron. Supo que ya no podría evadirse. Había caído en una red. Estaba capturada, enjaulada, vendida. Ahora la conducirían a donde su cazador lo dispusiese.

La joven la tomó del brazo y ambas salieron del cementerio.

Atravesaron otra vez la ciudad. Caminaban juntas y abrazadas, como dos íntimas amigas, o como madre e hija. No cruzaron una palabra. La señorita Leonides daba sus enérgicas zancadas de soldado y miraba el suelo. Se sentía perpleja, excitada, turbiamente feliz. El sesgo que tomaba su aventura con la joven de luto le producía una especie de embriaguez. ¿Qué iría a ocurrirle? Pero no quería hacer conjeturas. Sucediera lo que sucediere, ella estaba pronta. Pues a menudo, enferma de soledad, había soñado que en este poblado mundo había alguien que conocía su existencia, que necesitaba de ella, que la esperaba y la buscaba, y que alguna vez la encontraría y se la llevaría consigo. Y ahora esa loca fantasía dejaba de serlo. Pero no hay que interferir en la delicadísima mecánica de la magia con un pedido de explicaciones. Hay que someterse y dejarse gobernar. La señorita Leonides no se atrevía ni a echarle a la joven una miradita de soslayo por temor de que el sortilegio se quebrase.

Pero el sortilegio no se quebraba, el sueño proseguía, la muñequita rubia y regordeta continuaba trotando a su lado; sentía, bajo el suyo, su brazo rollizo, incesantemente sacudido por ramalazos eléctricos. Y ella avanzaba, avanzaba. ¿Hacia dónde? No lo sabía, no quería saberlo.

Así llegaron a la calle Suipacha. Llegaron a ese tramo de Suipacha que va desde la Diagonal Norte hasta la Avenida de Mayo y donde no se ven sino tiendas, tiendas y tiendas, y mujeres que husmean los escaparates de las tiendas.

Hay allí, a la sombra de los grandes edificios modernos, una antigua casona en la que nadie repara. Lleva (o llevaba hasta hace poco tiempo) el número 78. Tiene dos ventanas enrejadas en la planta baja, tiene una puerta de doble hoja: con dos fúnebres llamadores de bronce; tiene en el piso alto un largo balcón saledizo y no tiene más, como no sea una enorme grieta que la cruza como una fatídica cicatriz o como el dibujo de un rayo en una cándida acuarela. A su izquierda una tienda, a su derecha otra tienda, enfrente el muro de San Miguel Arcángel, la casona hace todo lo posible para pasar inadvertida, como si la avergonzasen su fea facha y su vetustez. No hace falta, nadie se fija en ella. Se la saltean como a un terreno baldío. Si la miran, en seguida la olvidan. Acaso alguna pareja de novios, durante la noche, se

acoge a su amparo, pero es para besarse, no para ocuparse de arquitectura. De modo que la casona está allí y es como si no estuviera; está allí por omisión, como si por una fisura entre los dos edificios que la flanquean hubiese salido a la superficie una excrecencia, un escombro de la ciudad colonial, la que ahora yace sepulta bajo los rascacielos y las torres. A la tienda de la derecha y a la tienda de la izquierda les bastaría aproximarse un poco más la una a la otra, y como una tenaza extirparían ese grano.

La señorita Leonides, que marchaba raudamente por Suipacha, se quedó boquiabierta cuando la joven se detuvo frente a aquella reliquia. La vio extraer del bolsillo de su abrigo una llave, abrir trabajosamente la puerta (cuyos llamadores la amedrentaron como dos perros que se hubieran puesto a ladrar) y luego hacerse a un lado para que ella entre. Pero la señorita Leonides no se decidía.

—¿Quién hay, quién hay ahí dentro?— preguntó, mientras espiaba el interior de la casona, envuelto en vagas oscuridades.

La joven sacudió repetidamente la cabezota.

—Nadie, nadie— dijo, y la cara se le puso repentinamente sombría, y miró a la señorita Leonides con angustia.

Entonces, con el corazón palpitante, la señorita Leonides Arrufat penetró en la casa de la calle Suipacha 78.

Un olor a humedad, a encierro, a medicamentos, a podredumbre, y a muerte, un olor que era la suma y el producto de todos los malos olores de este mundo, fue lo primero que le salió al encuentro, arruinándole la emoción que experimentaba. Hubiera preferido retroceder. Hubiera querido, al menos, llevarse el pañuelo a la nariz. Pero la joven ya la había tomado de una mano y la arrastraba hacia el fondo de aquel abismo fétido.

Atravesaron varias habitaciones en penumbra y atiborradas de muebles. Llegaron a un estrecho vestíbulo, iluminado por la luz de tormenta que se filtraba a través de una remota claraboya. Escalaron una negra escalera de madera, que rechinó y crujió bajo sus pies. Llegaron a otro vestíbulo aún más pequeño. Recorrieron un pasillo. Atravesaron una antecámara. Se detuvieron frente a una puerta. La muchacha abrió esa puerta y la señorita Leonides se encontró dentro de un lujoso dormitorio.

En los primeros instantes no vio sino la formidable cama matrimonial, cubierta con una colcha de raso blanco; el vasto ropero de tres cuerpos y espejo de luna; un abigarramiento de mesitas y poltronas, y allá, al fondo, la gran puerta ventana velada por un ***store*** de macramé. Detrás del ***store*** distinguió la mañana, y en la mañana, la silueta ocre de San Miguel, y esa imagen, entrevista desde una perspectiva para ella tan insólita, sin saber por qué la alarmó. Bruscamente todo le pareció tan absurdo que no supo cómo continuar.

Dio unos pasos por la habitación. Sentía a sus espaldas los ojos de la joven. La oía respirar entrecortadamente. Hasta se le antojaba percibir otra vez aquel estertor, aquel gemidito. Estaba azorada. La habían arrastrado, se había dejado arrastrar, hasta un escenario, y ahora esperaban que representase un papel. ¿Qué papel? Lo ignoraba. Y la joven, ahí, como un telón que se levanta, como un timbre que suena, como una mano tendida.

Buscando cómo colmar ese vacío embarazoso, la señorita Leonides hizo una cosa de lo más cómica. Se puso a examinar con denodado interés las fotografías que decoraban las paredes del dormitorio. Se miró con un hombre rubicundo y de grandes bigotes, con desvaídas señoras que ostentaban sombreros muy semejantes al suyo, otra vez con el hombre de los bigotes, con recién nacidos vestidos y desnudos, nuevamente con el hombre de los bigotes. De pronto tuvo un sobresalto. Una mujer que se le parecía extraordinariamente, que se le parecía vagamente, que tenía con ella un admirable o, no sabía bien, un borroso parecido, la contemplaba desde una de las fotografías. De pie a su lado, una niña idéntica a la joven de luto apoyaba la cabeza en el hombro de la sosías de Leonides Arrufat, y ambas, a través del objetivo de la cámara fotográfica, la miraban fijamente, con unos ojos cautelosos y pertinaces.

La señorita Leonides estaba tan estupefacta que no pudo evitar volverse maquinalmente

en dirección de la joven. Esta, evidentemente, esperaba ese gesto. Y lo esperaba como una fogosa invitación a dar rienda suelta, otra vez, a sus demostraciones de cariño. Porque, aproximándose a la carrera, se le colgó del brazo, acomodó la cabeza sobre su hombro, copió fielmente la actitud de la niña de la fotografía y nuevamente repitió aquella extraña palabreja:

—***Múa, múa, múa***. . .

Durante unos minutos las cuatro mujeres se estudiaron.

"Evidentemente", reflexionaba la señorita Leonides mirando a su doble, "evidentemente posee algunos de mis rasgos. Lástima ese peinado con la raya al medio. ¡La hace tan anticuada!".

(¿Comprenden? Una mujer que parecía escapada de un álbum de fotografías del año 1920 contemplaba la fotografía de una mujer que parecía escapada del año 1920 y la hallaba anticuada. Y está bien. Porque, de lo contrario, no habría en este mundo ni jueces ni críticos).

"En cambio", seguía pensando la señorita Leonides, "la chica salió tal cual".

(Tal cual, menos el abotagamiento de la cara).

"De modo que aquí está la clave", dedujo la señorita Leonides. "Me ha tomado por esa mujer, que seguramente es su madre y que seguramente acaba de morir. Vaya, así todo queda aclarado."

La vulgaridad de esa explicación la defraudó. Había esperado otra cosa, menos fácil, más enrevesada. Y ahora, ¿qué restaba por hacer? Decirle: "Hija mía, yo no soy lo que usted imagina. Así que, por favor, déjeme ir", e irse.

Se libró del brazo de la joven, dio unos pasos oblicuos, unos pasos en varias direcciones al mismo tiempo, como quien busca una salida, y como quien no la encuentra se detuvo y apoyó una mano sobre un mueble. Inesperadamente se vio reflejada en el espejo de luna. Una mezcla de miedo y de rabia la acometió. Y volviéndose hacia la joven prorrumpió en un torrente de palabras que no podía contener:

—¿Y bien? ¿Y bien? ¿Qué esperas? ¿Qué quieres de mí? ¿No haces nada? ¿No dices nada? ¿Te has vuelto muda?

Se mordió los labios. ¿Por qué había hablado así? ¿Y de dónde sacaba esa voz áspera y dura, como si estuviese enfadada? Pero si no estaba enfadada. No, al contrario. Su estallido era, todo lo más, un pedido de socorro. Cuando no se encuentra la salida, se grita y se da un puñetazo. Por otra parte, ¡se había visto tan ridícula en el espejo, tan desgarbada y grotesca entre los lujos del dormitorio! ¿Y ahora? Sin duda ahora la muchacha rompería a llorar.

Y no, no. Paradójicamente, la muchacha no sólo no rompió a llorar, sino que emitió una risita aguda y barboteó:

—Desayuno, desayuno.

Hizo un ademán como pidiéndole a la señorita Leonides que esperase, y salió precipitadamente.

De pie en el centro de aquella amplia habitación, la señorita Leonides pestañeaba. ¿Había oído bien? ¿La muchacha había dicho: desayuno, desayuno? Vaya, se quedaría un rato más, a ver qué significaban aquellas palabras y el ademán protector. Sí, ¿por qué no? Después de todo, no estaba cometiendo ninguna mala acción. Si alguien, digamos un pariente, un amigo, aparecía, ¿qué podía reprocharle? Nada. Desayuno, desayuno. Vaya, esperemos.

Y penetrada de un súbito bienestar, la señorita Leonides se envainó en un exacto sillón de terciopelo índigo. Pero no, hay que aprovechar mejor el instante en que nos dejan solos. Se puso de pie, se asomó fugazmente al balcón, volvió adentro, hojeó varios libros apilados sobre una especie de pupitre (libros de poesía, algunos en un idioma extranjero, todos signados en la primera página por una firma prolija: ***Jan Engelhard*** y una rúbrica como la cola de un cometa y tres puntos como tres estrellas), abrió el ropero (mil vestidos de mujer), abrió una puertecita oculta tras un biombo (la puertecita daba a un cuarto de baño inmenso como una piscina romana) y la cerró inmediatamente, como si hubiera sorprendido allí a un hombre haciendo sus necesidades; admiró una chimenea de piedra (con sus morillos cargados de leña, lista para ser encendida), un reloj de péndulo (las diez y quince, ya), innumerables estatuillas de marfil, de jade, de raras sustancias tornasoladas, y estaba acariciando el cobertor de raso cuando la joven

reapareció.

La señorita Leonides enderezó instantáneamente la espalda y, como si la hubiesen pillado en falta, se ruborizó. (Tonta. Como que, para la joven, ella estaba en su propia casa y en su propio dormitorio). Pero el espectáculo que presenció en seguida le hizo olvidar sus rubores, el cobertor de raso, las estatuillas, el reloj que marcaba las diez y quince, el baño del emperador Caracalla, los mil vestidos de mujer, los libros, Suipacha, el aposento, la casona, el mundo, todo. Porque la joven había entrado sosteniendo con ambas manos una gigantesca bandeja. Y sobre esta bandeja de elevaba, en plata y porcelana, el más excelso servicio de desayuno que alguien que esté en su sano juicio pueda imaginar. La joven depositó aquel monumento sobre una mesita, acercó una silla y luego se volvió hacia la señorita Leonides, como invitándola a aproximarse.

La señorita Leonides de repente vio todo turbio. Los ojos se le nublaron. Un hambre caníbal se le despertaba rabiosamente en el fondo de las vísceras. El estómago, los pulmones, el corazón, la cabeza, todas sus entrañas se sensibilizaban, el mismo escorpión las roía todas. Sin quitarse el sombrero, tambaleante, se acercó a la mesita y se sentó.

Las manos le temblequeaban. Tuvo una última vacilación. Miró a la joven. Pero la joven, de pie a su lado, tenía el aire respetuoso de una criada de confianza que asiste a su patrona. Entonces la señorita Leonides no espero más, el hambre era más fuerte que la buena educación, que la vergüenza y el disimulo. Como a un dios hindú, diez brazos le brotaron a derecha y a izquierda, y con esos tentáculos ondulando todos a un tiempo cayó sobre la bandeja. Durante largo rato su conciencia desapareció. Una Leonides Arrufat astral manipuló cucharitas que se sumergían en jaleas rosáceas, en traslúcidas mermeladas, en perfumado té con leche, y que luego ascendían radiosamente hasta su boca; maniobró con cuchillos cargados, como diminutas grúas, de dulce y de manteca; trituró tostadas que le llenaban el cráneo de ruido, medialunas tiernas como tiernos pollos deshuesados, trozos de una torta que se desleía sobre la lengua y derramaba los más sorprendentes, los más imprevistos, los más exquisitos sabores. A ratos levantaba hacia la joven unos ojos sin pensamientos, unos ojos de mica, la joven le sonreía, ella le devolvía maquinalmente la sonrisa, y seguía devorando.

Hasta que todo el monumento quedó reducido a ruinas. Entonces la señorita Leonides se juntó otra vez con su espíritu, se recostó en la silla, dio un magistral suspiro que a mitad de camino se le metamorfoseó en un eructo, miró tímidamente a la joven, murmuró, como excusándose:

—Delicioso. Muchas gracias.

Y experimentó una repentina simpatía por aquella joven.

La muchacha, cada vez más parecida a una honesta sirvienta polaca o alemana, tomó la bandeja con los modos tranquilos de quien repite un acto cotidiano y se la llevó. La señorita Leonides se puso de pie, se quitó el sombrero, se quitó el abrigo, se aflojó el cinturón, y fue a instalarse en la poltrona de terciopelo. (Al pasar cruzó una miradita con la Leonides del espejo de luna, las dos se encogieron de hombros, lanzaron una breve risa y puestas de acuerdo, se separaron). La señorita Leonides se sentía súbitamente optimista y no sabía por qué. Olas de abnegación y de bondad le trepaban por el cuerpo. Tenía ganas de conversar. De conversar con la muchacha, con alguien, con cualquiera. El mundo es hermoso. La gente es simpática. Hay que vivir. Así son de profundos los efectos de un tremendo desayuno.

Cuando la chica volvió, la señorita Leonides, balanceando una pierna y pasándose la lengua por los dientes, le preguntó:

—Querida, ¿de veras estamos solas?

La muñequita dijo que sí con toda su cabezota.

—Y ese desayuno, ¿lo preparaste tú?

Otra vez la cabezota se sacudió como la de una marioneta.

— ¿Sin la ayuda de nadie?

Una sonrisita socarrona afloró entre los labios pulposos.

—¿No se acuerda? ¿No se acuerda, mamá?— farfulló con una voz de algodón, como si hablase con la boca llena— ¿No se acuerda?

—¿No me acuerdo de qué, querida?

—Despedimos a Rosa y a Amparo. ¿No se acuerda, no se acuerda?

—Ah, si. Pero abajo, ¿hay alguien más?

—Nadie, nadie.

Pero la señorita Leonides procuraba asegurarse.

—Y después, digamos esta tarde, o mañana, u otro día, ¿quién vendrá? ¿Tendrás visitas?

—Nadie, nadie.

Está bien, nadie. Por lo visto, aquella desdichada no tenía familiares ni amigos, vivía sola en la vasta mansión, estaba sola en el mundo. La señorita Leonides se sintió íntimamente complacida.

—Querida —dijo en un tono insinuante—, ¿te gustaría que me quedase aquí, a vivir contigo?

En seguida se arrepintió. Había dado un paso en falso. Por toda respuesta, la muchacha se puso de hinojos frente a la señorita Leonides, le cogió ambas manos, la miró de hito en hito, una expresión de horrible congoja se le pintó en el rostro llameante, y como al mismo tiempo la odiosa sonrisita socarrona empezó a titilarle otra vez entre los labios, esa fisonomía siniestramente dual aterrorizó al ídolo así exhortado a la benevolencia.

—Si tú quieres —tartamudeaba la señorita Leonides—, si tú quieres me quedaré... me quedaré todo el tiempo que... Y como la figura arrodillada seguía escrutándola catatónicamente, gritó:

—¡Para siempre, para siempre, me quedaré para siempre!

Entonces la joven estalló en una especie de frenética contorsión. La congoja se le borró de los ojos, la pérfida sonrisita hirvió, se corrió hasta las comisuras de los labios, reventó como un burbujeo palúdico. La señorita Leonides se vio abrazada, estrujada, besada. Un repulsivo hipo repiqueteó junto a su boca. Dos manos húmedas le acariciaron el pelo. La señorita Leonides no podía tolerar que nadie le tocase el pelo. Se debatió bajo aquellas repugnantes caricias. En un impulso irreprimible le asestó a la muchacha un bofetón y gritó:

—¡Déjeme! ¡Déjeme! Instantáneamente la joven se echó hacia atrás, dejó caer las manos, se puso muy pálida, muy blanca (y así, blanco, su rostro semejó la réplica, en pálido mármol, del otro rostro, rojo y dorado, de campesina), las pupilas le temblaron, pero el espectro de su extraviada sonrisa siguió dándole detrás de los labios.

La señorita Leonides no estaba menos pálida. ¿Qué había hecho? ¿Por qué había cedido a esa crisis de histerismo? ¿Así le retribuía a aquella pobre criatura inocente su desayuno y su devoción? ¿Eran más importantes, por lo visto, sus pequeñas manías con el pelo? Pobre chiquita, pobre muñequita. Y cuando vio que en la mejilla de la joven comenzaba a dibujarse la señal del golpe, se sintió al borde del llanto. Pobre muñequita, pobre loquita.

—Discúlpeme —murmuró, y le tendió una mano contrita que imploraba perdón.

(Sí, perdón, perdón. Pero, ¿no había forma de que se dejara de sonreír?)

La joven tomó esa mano venosa y descarnada, se la llevó a la mejilla, la mantuvo allí como si fuese una compresa (la cara le ardía. "¿Tendrá fiebre, estará enferma?", pensó la señorita Leonides), en seguida los colores le volvieron, la cobarde agua temblorosa se le desvaneció en los ojos. Fue otra vez la aldeana que viene, con un pesado canasto sobre la cabeza, de vendimiar todo un día a pleno sol.

Después se sentó en el suelo, a los pies de la señorita Leonides. Así, inmóviles y silenciosas, ambas permanecieron un largo rato, mientras perseguían con perezosa mirada el abejorro de la cavilación y del ensueño.

A ratos la señorita Leonides se volvía a mirar a hurtadillas la gran cama matrimonial. Esa cama la hechizaba, la imantaba. Qué delicioso debía de ser acostarse allí, no para dormir, sino para estarse horas y horas descansando, leyendo o tomando té. Muchas veces, en su casa, había proyectado quedarse varios días en cama. Porque si, porque al levantarse se había dicho: ¿para qué levantarme?, ¿para qué repetir esta rutina inútil?, ¿para qué? Pero en su casa ese programa no tenía nada de seductor. Mirar las manchas de humedad de las paredes, imaginar que son monstruosos órganos enfermos, solfear con los rosetones del cielo raso, pensar:

"Dentro de diez minutos me moriré, dentro de cinco minutos, dentro de un minuto, ahora", gritar y volver a empezar. En cambio, aquí era distinto.

Hasta que la señorita Leonides ya no aguantó más. Se levantó, se acercó al lecho, se puso a mirarlo fijamente como si estuviera observando a una persona acostada en él. En seguida sintió que dos manos de fuego se posaban sobre sus hombros y comenzaban a desvestirla. Un minuto después flotaba en el seno de aquel vasto lecho como en una agua limpia, braceaba entre sábanas de hilo bordado, hacía reposar la cabeza en una almohada de plumas, tibios cobertores la abrigaban como un fino edredón de arena. Y todavía una muchacha se inclinaba y la besaba en la frente y luego iba a encender un espléndido fuego.

La señorita Leonides cerró los ojos, Lágrimas de felicidad se agolparon bajo sus párpados. Mil yemas heladas se le desentumecían en los hondores del espíritu y se abrían como corolas. Viejos mecanismos paralizados se desoxidaban, volvían a ponerse en movimiento, giraban. Se sentía navegar en el vórtice de mil corrientes encontradas pero todas igualmente deleitosas. Dios mío, por fin estaba a cubierto de la soledad, de la pobreza, de las mujeres que se abrazan en los paseos públicos, de las hordas de muchachones y de Natividad González. Que nadie viniera a arrancarla de aquel paraíso. Que le permitiesen permanecer en él cuanto menos un día, siquiera unas horas. Y como reivindicándolo para sí, acariciaba con pies y manos el inmenso lecho de una emperatriz.

Ese primer día transcurrió rápidamente, despachado y como sableado por las sorpresas, las novedades, la constante tensión. De todos modos, la señorita Leonides no lo pasó mal. La chica le preparó un almuerzo que multiplicaba por diez el desayuno; luego le sirvió una copita de una bebida fortísima, que le desolló la garganta y la hizo reír durante un buen rato (la joven, aunque no probó el licor, la acompañó en las carcajadas); luego la señorita Leonides charló hasta por los codos, sin importársele un bledo si la chica la escuchaba o no, porque ella hablaba para desengarabitarse le lengua, no para ser oída por una pobre loca; luego vino la tarde y la señorita Leonides, por no despreciar, engulló una copiosa merienda; luego la joven se sentó frente al pupitre con libros (que resultó ser una especie de arcaico piano) y le arrancó unos tintineos de cajita de música que emocionaron terriblemente a la señorita Leonides; luego todos los sonidos se apagaron, llegó la noche, la muchacha encendió una lámpara que pintó de rosa el dormitorio; luego la señorita Leonides quiso asomarse un momentito al balcón y ver desde allí arriba cómo era Suipacha de noche; luego cenó; luego la joven leyó en voz alta (y haciendo ademanes) un poema en el que alguien invocaba a cada rato a un tal Anabel Anabelí; luego, arrullada por aquella letanía, la señorita Leonides se durmió.

No comprendía cómo, si la ventana estaba siempre a su izquierda, ahora la veía a la derecha. ¿Y qué diablos era ese reflejo rojizo que reverberaba como un carey en el sitio de la cómoda? Se incorporó bañada en sudor. Debieron pasar varios minutos antes que se diese cuenta de que no se encontraba en su casa, sino en la casa de la calle Suipacha 78. La aventura que estaba viviendo se le antojó, de pronto, una disparatada pesadilla, un sueño que ahora, al despertarse, volvía a soñar. Sus manos tantearon en el aire. Dio con la lámpara y la encendió. Estaba sola. Una última brasa ardía en la chimenea. El reloj marcaba las tres.

Como una sonámbula se levantó y salió del dormitorio. Abajo brillaba, lejanísima, una luz. Entrevió la escalera, la descendió en medio de sordos rechinamientos, llegó al vestíbulo. Caminó con los ojos fijos en aquella luz remota. No era ella la que se movía, sino la luz la que avanzaba a su encuentro. Bajo las plantas de los pies sintió alfombras, pisos de madera, mosaicos. Un objeto puntiagudo la golpeó en la pantorrilla. Otro, tenue como una telaraña, le rozó la frente. La luz se aproximaba, se dilataba, se convertía en el vano de una puerta iluminada. Detrás de la puerta se oían ruido de vajilla y la voz de una mujer que barboteaba palabras ininteligibles. La señorita Leonides se detuvo y esperó. El corazón le latía con fuerza. Luego, sigilosamente, dio unos pasos y se colocó de modo que pudiera observar el interior de la habitación donde resonaba aquella charla. Vio que era una amplia cocina, y que por esa cocina iba y venía, cubierta con un delantal y con el pelo cayéndole sobre los ojos, la enigmática muchacha de luto. ¿Qué hacía allí a esas horas? ¿No dormía? ¿Y con quién hablaba? ¿En qué idioma hablaba? Y esa voz voluble, modulada, llena de matices, como la de una actriz,

¿era la suya? La señorita Leonides permaneció un rato observándola. Parecía atareadísima. Acomodaba pilas de platos, abría y cerraba las puertas de un armario, fregaba cacerolas, se sentaba a una mesa de mármol y escribía, con un lápiz cuya punta mojaba en la lengua, en un cuaderno de tapas de hule. Y todo esto sin cesar en su bárbara jerigonza. Como no hacía pausas, como nadie le respondía, la señorita Leonides comprendió que la joven hablaba sola.

La señorita Leonides se estremeció. Quiso volver por donde había venido, pero ahora no había ninguna luz que la orientase. Caminó en cualquier dirección, tropezó con una pared, unos muebles le bloquearon el paso, no sabía dónde se hallaba, se había perdido, gritó.

Se oyó una corridita, dos manos se apoderaron de las suyas, una voz le murmuró al oído:

—Venga, mamá, venga.

La joven la guiaba lentamente a través de aquel laberinto tenebroso; la tranquilizaba con una suerte de zureo, como a un niño; le apretaba con fuerza la mano.

La señorita Leonides gemía y se dejaba conducir.



Durante dos días nadie vino a expulsarla del paraíso.

La señorita Leonides estaba encantada, verdaderamente encantada. Pero su situación no era todavía segura. Reposaba sobre la cuerda floja de una alucinación. Y la alucinada a ratos se quedaba mirándola fijamente, como en el tranvía. La señorita Leonides esperaba un estallido: "¿Quién es usted? ¿Y qué hace aquí, en el dormitorio de mi madre? Vamos, lárguese, lárguese rápido", y entonces ella tendría que emigrar del edén. Otras veces la joven se sonreía como para sí, con aquella sonrisa solapada que despertaba en la señorita Leonides las más negras sospechas. "¿Será una simuladora?", pensaba. "¿No me habrá traído aquí quién sabe con qué intenciones?" Pero no, ¿qué intenciones? Si excepto en esos raros momentos en que

parecía extraviarse dentro de su propio extravío, ¡la muchachita era tan dócil, tan diligente y sumisa! No había más que decir: "querida, querida" y la muñequita correteaba sobre sus piernecitas como si le hubiesen dado toda la cuerda. Y había que ver cómo la atendía. Como a una reina.

Pero por las dudas la señorita Leonides tenía el ojo atento. Por las dudas, trataba con extrema cortesía a la guardiana del paraíso, no le hacía preguntas, no averiguaba nada. Por las dudas, se peinó con la raya al medio. No volvió a abandonar el dormitorio. Era su propiedad, su fortaleza y su refugio. Que en la planta baja sucediera lo que sucediere, le daba lo mismo. ¿Dónde dormía la joven? No lo sabía. ¿De dónde sacaba el dinero? Tampoco lo sabía. No lo sabía ni le interesaba. No tenía por qué arriesgarse por esos dédalos que podían hacer trizas su identificación hipostática con la difunta. No abandonaba, casi, el lecho, sino para reemplazarlo por la bañera, que llenaba de agua tibia y chorros de perfume, y donde permanecía horas y horas, con el agua al cuello y gimoteando de placer. Pensaba en su casita como en un lejano mundo sórdido al que, más adelante, debería regresar. Pero entretanto estaba viviendo un largo día de fiesta. Y en cuanto al mal olor, ¿qué mal olor? Ella no percibía ningún mal olor. La señorita Leonides estaba encantada, verdaderamente encantada.

La chica había vuelto a servirle una copita de aquella diabólica bebida. Luego trajo la botella, y las dos se sirvieron. Un repentino dinamismo acometió a la señorita Leonides.

—Queridita —dijo alzando los hombros y frunciendo la nariz, como quien va a proponer una picardía—, ¿qué te parece si me pruebo uno de esos vestidos?

La joven lanzó una risa estridente (que a la señorita Leonides no le cayó nada bien), movió para todos lados la cabezota de títere y se precipitó a abrir el ropero. La señorita Leonides saltó fuera de la cama y, de pie frente al espejo de luna, fue colocándose uno tras otro los vestidos que, con toda evidencia, habían pertenecido a la falsa Leonides de la fotografía. No le quedaban mal. Un poco cortos, tal vez, y algo holgados. ¡Pero eran tan hermosos! La señorita Leonides se contemplaba en el espejo, giraba sobre sí mismo, quería verse de espaldas y de perfil, exclamaba a cada rato siempre lo mismo: "¡Pero si es un modelo, un modelo!".

La muchacha se había sentado en el suelo y desde allí presenciaba con cara ambigua los sucesivos avalares de la señorita Leonides. De tanto en tanto (¿al azar? ¿O cuando el vestido le quedaba particularmente bien? ¿O particularmente mal? ¿Cómo saberlo?) se reía chillonamente. Se reía estúpidamente. Como lo que era. Como una loca. "¿Estará burlándose de mí?", pensaba la señorita Leonides con alguna inquietud y una pizca de cólera.

Se sirvieron otra copita.

La señorita Leonides trataba ahora de embutirse dentro de un traje de noche, de seda negra. Después quiso agregarle una estola de piel. Después la chica, extrañamente excitada, extrajo de algún mueble una caja de afeites, y la señorita Leonides se coloreó los labios y las mejillas.

Se sirvieron otra copa.

—¡Alhajas! —vociferó de pronto la señorita Leonides. —¿Dónde están mis alhajas? Necesito un collar, una pulsera, aros.

La joven buscó febrilmente por todas partes, la señorita Leonides la secundó, revolvieron toda la habitación, encontraron un cofre vacío, varios estuches también vacíos, pero ni una modesta sortija apareció.

No importaba. Con paso ondulante la señorita Leonides regresó junto al espejo y volvió a admirarse. ¿Era ella esa mujer peinada con raya al medio, pintarrajeada, de ojos de tigre, el cuerpo enfundado en un ajustadísimo traje de seda y con una capa de piel cubriéndole apenas los hombros desnudos?

Bebió otra copa.

Y de golpe se echó a llorar. No sabía por qué lloraba. Pero lloraba. Las lágrimas le corrían por las mejillas, arrasaban los cosméticos, le saltaban al escote, mojaban la seda del vestido.

(La marioneta ya no se reía. Estaba inmóvil y observaba a la señorita Leonides con el

ceño fruncido).

En ese instante se oyeron lejos, en la planta baja, varios golpes.

La niebla alcohólica se disipó como una burbuja dentro de la cabeza de la señorita Leonides.

—¿Qué es? ¿Qué son esos golpes? —preguntó con voz queda.

La chica se había puesto velozmente de pie y corría a espiar desde el balcón.

—¿Quién es? Por favor, ¿quién es? —repitió la señorita Leonides, sin osar moverse de su sitio.

—Encarnación y Mercedes —cuchicheó la joven, separándose del balcón y atravesando a la carrera el dormitorio.

—Por favor, por favor —rogaba la señorita Leonides— No les digas que estoy aquí.

Pero ya la joven había desaparecido.

La señorita Leonides siguió clavada en el piso. Vestida de fiesta, con la capa sobre los hombros y la cara hecha un desastre, ofrecía, a cambio de no ser descubierta, e! holocausto de la más absoluta inmovilidad.

Pero al cabo de media hora ese cadáver se recobró, y la curiosidad sucedió al pánico. Se descalzó, se quitó la estola de piel, y procurando volverse ingrávida inició el descenso a los infiernos. Ahora no se orientaba por una luz, sino por varias voces de mujer que parloteaban en uno de los aposentos del frente. Llegó a una salita y luego a un antecomedor. Desde allí, y a través de una puerta de vidrios cubierta con un cortinaje de tul, distinguió a las visitantes, familiarmente repantigadas en sendos sillones. Eran dos viejas de pelo blanco. La chica se había sentado en el borde de una silla y miraba obstinadamente el suelo, con el aire de un reo que comparece delante de un tribunal.

—Cecilia —decía en ese momento una de las viejas, cuya voz, ronca y curiosamente metálica, se cortaba a cada sílaba y hacía recordar el balido de una cabra—, ayer estuvimos en el cementerio. Sobre la tumba de tu pobre madre no había ni una flor. Se ve que hace mucho tiempo que no vas por allá. ¿Te parece bonito?

Otra voz, tarda y pastosa, un chorro de aceite goteando sobre la arena, agregó:

—Tu pobre madre ha muerto, Cecilia. Tenés que convencerte, y no andar buscándola por la calle. ¿Me oís?

—¡Mercedes! —la amonestó la primera vieja.

—Pero es que...

—Callate.

Hubo un silencio. Cecilia (de modo que se llamaba Cecilia) jugueteaba con la falda del vestido, se sacudía toda. ¿Lloraba?

La cabra golpeó con la pezuña en el piso y bababaló:

—¿Y ahora de qué te ríes? No te rías. Te ordeno que no te rías, Cecilia. Hola, hola, me parece que hueles a alcohol. ¿Has bebido? Es lo único que faltaba. Que te emborrachases.

—Sales a tu padre —rezongó la otra vieja.

—¡Mercedes!

—Pero es que...

—Callate.

Otro silencio, y el balido recomenzó:

—¿Y hoy qué pasa, que nos tienes aquí sin servirnos el té? Vamos, Cecilia, apúrate.

La joven se puso de pie y corrió hacia los fondos de la casa, tal como si la señorita Leonides le hubiera dicho: “querida querida”. “Por lo visto”, pensó la señorita Leonides, “cualquiera puede darle cuerda a mi muñequita”. Y sintió una especie de celos.

Durante un rato en el comedor no pasó nada. Las dos viejas permanecían rígidas y mudas como estatuas. Pero de pronto esa inmovilidad se quebró. Y la señorita Leonides, atónita, asistió a una escena tan impecablemente jugada que en seguida comprendió que aquellas dos actrices venían representándola desde hacía mucho tiempo. Mercedes, rechoncha y de andar plantígrado, se ponía de pie, se dirigía hacia la puerta del comedor, desde allí vigilaba el regreso de Cecilia. Una pausa, y ahora era Encarnación la que se levantaba, erguía un largo

cuerpo de ofidio, iba derechamente hacia una vitrina, la abría, con movimientos limpios como pases magnéticos se apoderaba de algo, lo guardaba en su bolso, cerraba el mueble, volvía al sillón y se sentaba. A poco Mercedes se le reunía. Las dos mujeres se transformaban de nuevo en esfinges. No se oía ni el zumbido de una mosca.

La única espectadora de aquella pantomima, desde su escondite, hervía de indignación. Aprovechó la algazara que levantaron las dos viejas cuando Cecilia apareció con el té para escabullirse fuera del antecomedor. Durante más de una hora se paseó de un extremo al otro del dormitorio. Y si desde abajo oían sus pisadas, mejor. Se le importaba un rábano. "Ladronas, ladronas", mascullaba. Ahora estarían atracándose con el té que les había preparado la pobre chica. Y un rato antes, como dos arcángeles, la cubrían de reproches. Miren quiénes. ***Arrastradas. Arrastradas. Arrastradasarrastradasarradas.***

Se sentó en el sillón de terciopelo y esperó. Debió esperar casi una hora, porque las dos viejas canallas no se fueron sino con las primeras sombras de la noche. La señorita Leonides no había encendido, por prudencia, la lámpara. Miraba, abstraída, el fuego, cuyas reverberaciones, iluminándola desde abajo, le convertían el rostro en una calavera púrpura que hacía guiños.

Cecilia entró en el dormitorio, se sentó en el suelo y, como parecía ser su costumbre, apoyó la cabeza en las rodillas de la señorita Leonides. Aparentaba hallarse singularmente alegre. Las palabras de las visitantes, por lo visto, habían resbalado sobre ella sin herirla.

"Aún le dura la borrachera", pensó la señorita Leonides. Y dijo:

—¿Ya se han ido, por fin, esas dos?

La mata de pelo rubio se agitó de arriba hacia abajo y empolló una risita.

—Y tú que me asegurabas que no vendría nadie... —prosiguió la señorita Leonides.

Nuevos gorgojeos de hilaridad explotaron bajo el plumón rubio.

—¿Les has hablado de mí?

Nada.

—Cecilia, ¿les hablaste de mí?

El plumón se infló, tembló, se levantó, se echó hacia atrás, descubrió el huevo del rostro.

Una sonrisa de desvarío crispaba aquellos labios. Los ojos refulgían. Miraba a la señorita Leonides con horrible sorna, como haciéndola cómplice de una befa atroz.

Y en un tono viscoso, molusco, alabeado, baboseó:

—Te creen muerta.

La señorita Leonides, sobrecogida, desvió la vista.



Cecilia había salido.

Había farfullado una palabra misteriosa, algo así como ***danerbán***, y se había ido. La señorita Leonides siguió con los ojos aquel puntito negro que se escurría entre las malas del ***store***, hasta que desapareció. Entonces se volvió, miró a la otra Leonides, que desde su luna de azogue le devolvía una mirada de conspiradora, se pidieron consejo, se dieron mutuamente ánimo, y al mismo tiempo y por distintas direcciones abandonaron las dos el dormitorio.

La casa estaba allí, rendida, prosternada, toda a su disposición. Una febril impaciencia la enardecía. Se descolgó sobre la planta baja como sobre una prenda de vestir en cuyas costuras se ocultase un diamante. Encendía y apagaba luces; abría y cerraba puertas, ventanas, cajones; revisaba uno por uno todos los muebles, tan ardorosamente que casi no se fijaba en lo que veía y tenía que volver a revisarlos; se cercioraba de haber espulgado hasta el último rincón; espiaba detrás de cada colgadura, de cada cuadro, debajo de las alfombras; se sobresaltaba, creía oír un ruido, los pasos de Cecilia que regresaba. Las manos le hormigueaban. Tenía los pómulos atezados. Estaba segura de que al doblar un corredor, al abrir una puerta, al encender una luz o mirar dentro de un mueble, realizaría un descubrimiento maravilloso o macabro, encontraría alguna cosa fabulosa de la que todo el resto no era sino el engarce. Pero, revuelta la ceniza, no halló ningún fuego.

Lo único que sacó en limpio es que aquella casa, amueblada y alhajada con suntuosidad, yacía (salvo el dormitorio de la planta alta) en el más completo abandono. Una capa de polvo enfundaba los muebles. Se advertían claros sospechosos (productos, sin duda, de las depredaciones de Encarnación y Mercedes). Un infecto algodón crecía bajo los zócalos. No era difícil imaginar que, de noche, por todas partes brotarían cucarachas. Quizás hasta alguna rata arrastraría su ominoso trapo húmedo. Y en la cocina lo mismo. ¡Y ella se alimentaba con las comidas preparadas en medio de aquel estiércol! Volvía a percibir el hedor a podredumbre, a medicamentos, a muerte.

Llegó a la puerta de calle. La encontró cerrada. Una ilusión póstuma le hizo introducir la mano en el buzón para la correspondencia. Encontró dos sobres, ambos dirigidos a la señorita Cecilia Engelhard. Uno era pequeño y parecía contener una tarjeta de visita. El otro, de mayor tamaño, ostentaba el membrete del ***Banco Danés***. Los matasellos probaban que habían sido

enviados cinco meses atrás el primer sobre y hacía dos semanas el segundo. Los miró un rato, los hizo bailar en una mano, los guardó en el bolsillo de la bata y se volvió hacia el interior de la casa. “Después se los daré a Cecilia”, pensó. Y sin saber por qué tuvo la sensación de que estaba mintiendo, mintiéndose a sí misma.

Subió la escalera. En la antecámara advirtió una puerta en la que antes no había reparado. La abrió y se halló en otro dormitorio. Vio una cama toda revuelta; vio un ***secrétaire***; vio una repisa y, sobre la repisa, una colección de muñecas vestidas de holandesas; vio la película de polvo que lo cubría todo; vio una ventana, cuyos postigos estaban abiertos; se aproximó, y vio el techo de los fondos de la casa, sembrados de detritus, y más allá los grandes muros dorsales de los edificios vecinos; dio varias vueltas por aquella tétrica habitación; sus dedos, casi mecánicamente, recomenzaron el espulgo de los muebles; dentro del ***secrétaire*** encontró fotografías, tarjetas postales, una carta.

Leyó:

“Querida Cecilia: Acabo de conseguir que el lunes me den franco, así que podré ir. Te ruego que rompas esta carta. La arpía que ahora vive con vos podría leerla.

No estarás enojada, me supongo. Ayer me quedé un rato en la esquina de Suipacha y Bartolomé Mitre, por si salías. Pero no saliste. En cambio vi a la arpía que se asomaba al balcón. Bueno, el lunes seguro que voy. Yo estaré en la vereda de la iglesia. Si todo marcha bien, salís al balcón y desde arriba me haces alguna seña. Si no te veo es porque ha habido algún inconveniente. Tuyo, Fabián”.

La señorita Leonides sintió una punzada en el coxis. Arrojó la carta dentro del ***secrétaire*** y huyó a su dormitorio. Durante largo rato no pudo pensar. Todo su espíritu era una negra cavernosidad donde ululaba un negro viento.

Después comenzó a solfear con los libros, con las fotografías, con los faisanes de macramé del ***store***.

Por último, hilachas de pensamientos aparecieron entre ese chisporroteo de notas como peces fugaces entre la espuma.

Dorremifasolasidó. Así que la arpía. Dosilasofamirredó. La arpía que ahora vive con vos. Dorré. Con vos. Tuyo, Fabián. Dorré, dorré. Entonces es una embaucadora, una simuladora. Y ella que había comenzado a dorré dorré. Y ella encerrada aquí, con esa impostora. Encerrada bajo llave. Prisionera. Domisoldó. Así que se veía con hombres. Tuyo, Fabián. En ese mismo momento estaría con Fabián. ¿Y dónde? ¿Y haciendo qué? Ya se sabe haciendo qué. Hipócrita. ¿Y no tramarían algo esos dos? ¿Algo contra ella? Para eso la había arrastrado hasta aquí y la trataba a cuerpo de rey. Una estratagema. Para matarla. Solfasol solsol. ¿Y para qué la querrían matar? Para qué, para qué. Con una loca y un muchachón de las esquinas no se pregunta para qué. La querrían matar y basta. Y después la enterrarían en los fondos, de noche. ¿Y quién se enteraría, quién notaría la desaparición de Leonides Arrufat, quién sabía lo que pasaba dentro de aquella condenada casona? Nadie. Eso, nadie. Ah, no, saldría al balcón y pediría socorro. Pero no, veamos. Hay que tranquilizarse. Veamos, veamos, Querida Cecilia. Conseguí que el lunes. El lunes. ¿Cuándo es lunes? ¿Hoy qué es?: jueves. ¿O viernes? Miércoles. Bueno, lunes no es, porque si fuese lunes, ayer tendría que haber sido domingo, y ayer no fue domingo; todos los negocios de Suipacha estaban abiertos. ¿Y cuándo habría llegado ¿la carta de Fabián? ¿La habría traído el cartero? O tal vez. Cartas.

Cartas. Metió la mano en el bolsillo de la bata y extrajo los dos sobres. Ah, sí, los abriría. Ahora los abriría. Estaba libre, libre de compromisos, libre de escrúpulos. Los abriría, sí señor.

El sobre pequeño alojaba, tal como lo había adivinado, una tarjeta. En la tarjeta había un nombre impreso, ***Andrés Jorgensen***, y debajo, manuscritas, dos palabras; “sentido pésame”. En el otro sobre había una nota. “Señorita Cecilia Engelhard. Titular de la cuenta 3518. Se le comunica que el saldo de su cuenta... al 31 de julio ppdo.... de no recibirse observación dentro de los diez días... el saldo de su cuenta... 4... 4315... 4315276… 4. 315. 276 pesos moneda nacional... “

El estupor le paralizaba todos los músculos, le obnubilaba el cerebro. No podía entender,

no podía comprender qué significaba aquella cifra monstruosa. Volvió a leerla. Cuatro millones. Se ahogaba. Tuvo que sentarse.

Al cabo de un rato la anestesia de la estupefacción se le disipó y gradualmente le fue posible beberse aquel mar. Se sintió anonadada. Se sintió difusamente humillada, burlada, ofendida. Todos, pues, confabulaban a sus espaldas. Cecilia, Fabián, el Banco Danés, el mundo, todos. Y ella era una pobre imbécil. Quería llorar. {Pero, al mismo tiempo, en los más profundos repliegues del alma, se le despertaban subrepticiamente vagos deseos de vengarse, un rencor ecuménico, la determinación de ser, en lo sucesivo, implacable y taimada).

Hasta que oyó los inconfundibles pasos de la muñequita. Tomó un libro, cualquiera, el primero que encontró a mano, y de un salto se introdujo en el lecho. Hizo como que no la veía, como que no se daba cuenta de que había vuelto. ¡Estaba tan entretenida leyendo aquel libro! Se sonreía, o suspiraba, o fruncía el ceño y fijaba la vista, como si no comprendiese bien lo que leía y debiera leerlo otra vez.

Cecilia dio unos pasos hacia aquí, dio unos pasos hacia allá, se acercó a la cama, se alejó de la cama, tomó una estatuilla, la colocó nuevamente en su sitio, fue hasta el ventanal, jugueteó con los flecos del ***store***, y todo esto sin apartar sus ojos de los ojos de la señorita Leonides. Pero la señorita Leonides se encontraba a mil leguas de distancia. La señorita Leonides galopaba por los senderos de la poesía. La señorita Leonides miraba y remiraba unos signos que decían (si es que decían algo):

"***Du liebes Kind, komm, spiel mit mir, Gar schone Spiele spiel ich mit dir...***"

Cecilia se sentó junto al ventanal, como resignada a esperar todo el tiempo que fuese necesario el regreso de la señorita Leonides. Pero así no se puede leer. No se puede leer con alguien que nos vigila. La ensimismada lectora de Goethe se tumbó de costado, le volvió la espalda a aquella inoportuna criatura, con un regio ademán dio vuelta la página, se topó con nuevos jeroglíficos, tan fascinantes como los anteriores:

"Es war ein Koning in Thule,
Gar treu bis an das Grab,
Dem sterbend seine Vhule
Einem goldnen Lecher gab... "

Ella también estaba dispuesta a esperar. Pero transcurrió casi un cuarto de hora, ya llegaba a la última página del libro, y esa idiota seguía muda.

—¿Te figuras que no sé de dónde vienes? —gritó de pronto la señorita Leonides sin dejar de leer.

Cecilia se puso de pie como izada con una cuerda, pero no contestó.

—¿Te figuras que no lo sé? —repitió la señorita Leonides, al tiempo que le echaba una rápida miradita desdeñosa.

Cecilia se acercaba al lecho por el lado del rostro de la señorita Leonides, buscaba afanosamente en sus bolsillos, extraía un fajo de billetes de mil pesos, los mostraba en alto, como un trofeo, como un salvoconducto.

La señorita Leonides empezaba á comprender. Pero no se daba por vencida. Seguía pataleando, por gusto, entre los hilos de liga.

—Quisiera saber quién te ha dado ese dinero.

Los ojos de Cecilia le comían toda la cara. Balbuceaba:

—Pero mamá... pero mamá... fui al Banco... al Banco... al Banco...

El espíritu de la señorita Leonides era un calidoscopio zarandeado por brutales manotazos. Un golpe, un dibujo; otro golpe, otro dibujo.

—¿Me juras que no has ido a encontrarte con ningún hombre?

Cecilia palidecía, temblaba, parecía abrumada por aquella acusadora interrogación.

—Pero mamá, pero mamá —protestaba débilmente—, ¿qué dice?, ¿con qué hombre?

En el calidoscopio se formaba el arabesco rojinegro de un dolor que quería propagarse hasta todos los confines, consumir el universo, devorarse a sí mismo.

Librodot

—¿Quién es ese Fabián? Contesta. ¿Quién es? ¿Dónde se ven? No te quedes callada, no finjas que no comprendes.

—Mamá, mamá, cálmese —sollozaba Cecilia.

—No quiero calmarme, quiero que me contestes. Te he preguntado quién es Fabián.

—No sé, no sé...

(Dios mío, esa cara demudada, esos ojos, esas manos que se retorcían, ¿podían ser obra de la simulación? Pero sigamos torturando, sigamos torturándonos. Y después, del otro lado, la felicidad de perdonar, de reconciliarse, de llorar juntas).

—Hipócrita. No te creo. Mientes. Para que sepas, he encontrado la carta de Fabián y la he leído.

—Mamá, mamá —lloraba Cecilia—, ¿qué carta?

—Ah, ¿todavía lo niegas? —y ella ya no podía más, ella también lloraba—. Ahora verás.

Rompió violentamente el capullo de sábanas donde todos sus gusanos maduraban, y no una mariposa, sino una águila levantó vuelo. Y ya corría como una enajenada hacia el dormitorio vecino cuando, de golpe, se detuvo. Pues un recuerdo, un recuerdo delgadísimo, apenas una astilla, una viruta, se había encendido entre la hojarasca de sus desaforados pensamientos y les había prendido fuego. La hoguera de la revelación la envolvió como a una mártir. ¡Ah, Leonides, Leonides Arrufat, tonta, mil veces tonta! ¿Qué estaba por hacer? Pero si la carta de Fabián no era reciente, una película de polvo la cubría como a todos los objetos de aquella habitación clausurada sin duda desde hacía varios meses. De modo que el idilio con Fabián tampoco era reciente, los encuentros de Fabián no eran de ahora, el lunes próximo era un lunes ya pasado. Y la arpía no era ella, era otra.

Pasó otra vez delante de Cecilia, se refugió nuevamente en su capullo, se sintió avergonzada y locamente feliz. Le parecía haber sorteado un grave peligro. Cerró los ojos. Estiró los brazos. Bajo las sábanas, sus dedos tropezaron con los dos sobres dirigidos a Cecilia.

—Querida —musitó con la voz gemebunda de un convaleciente—. Queridita.

Y cuando Cecilia acudió a su lado, con un quejido de total rendición le entregó los sobres. Pero la muchacha ni siquiera los miró. Sus ojos licuosos estaban fijos en la encogida crisálida. La aborrecible sonrisa volvía a espejearle entre los labios.

—Mamá —barboteó—, ¿quién es?... ¿quién es Fabián?

La señorita Leonides se ruborizó y no supo qué responder.

—Hijita —dijo aturdidamente, sin saber lo que decía, tanto como para salir del paso—, hijita, tengo hambre.

Cuando se quedó sola reflexionó.

Quién es Fabián, quién es Fabián. En la carta la llamada “querida Cecilia”, la tuteaba, daba por sobreentendida una confianza, una intimidad, citas, encuentros, aquella conspiración del lunes. “Tuyo, Fabián”. Pero, al parecer, el tal Fabián había sido expulsado de la memoria de Cecilia. Quizás el idilio habría tenido un final trágico, poblado de muertes, separaciones, suicidios. Y de ahí provenía la locura de la infeliz muchacha. La señorita Leonides se prometió, con el tiempo, averiguarlo. Ah, eso sí: el lunes próximo estaría alerta. Porque, de todos modos, no se podía confiar demasiado en esa equívoca joven. Resumiendo: ella se quedaba.



Al lunes siguiente no pasó nada. Cecilia casi no se separó de su lado, ni dio muestras de ansiedad. Apenas salía del dormitorio, la señorita Leonides se ponía a atisbar desde el balcón. Nada. Ninguna señal, ningún muchacho apostado en la vereda de enfrente. Cuando llegó la

noche, la señorita Leonides respiró.

Pero dos días después reaparecieron Encarnación y Mercedes, y el implacable helicoide que arrastraría a la señorita Leonides hasta el crimen comenzó a girar.

La señorita Leonides estaba encerrada en el dormitorio, esperando que las dos viejas lumias se fueran. Se preguntaba qué robarían esta vez. Y de pronto escuchó, muy cerca, las voces de las visitantes. Tuvo apenas el tiempo necesario para encerrarse bajo llave en el cuarto de baño. Desde allí lo oyó todo.

Oyó que entraban coceando en el dormitorio y que hablaban a gritos, como si estuviesen enfadadas. El balido de Encarnación dominaba el tumulto.

—¿Y por qué vas a impedirnos que visitemos la alcoba de tu pobre madre? —decía—. ¿Puede saberse? Fuimos sus mejores amigas, no te olvides. Sus hermanas, casi. O más. Ah, qué bien. Has encendido fuego. ¿Y para qué, fuego, si no hace frió? Vaya un capricho. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, que no te olvides. En lugar de dejar que todos estos vestidos, permíteme, que todos estos vestidos, fíjate, Merceditas, se conviertan en harapos, bien podrías regalarnos algunos. Este, por ejemplo, A mí me cae pintado. O esta estola de lutre, que a corto plazo se apolillará. ¿Vos para qué le querés? En cambio, ¡a Merceditas le hace tanta falta! No se hable más: tomo la estola para Merceditas y el vestido para mí. Y casi casi este otro... ¿Eh? ¿Qué hay? ¿Qué hay, Mercedes? ¿Qué pasa con la cama de Guirlanda? ¿Que está tibia? ¿Quién está tibia? ¿La cama? ¿Pero cómo puede estar tibia si hace más de una hora que...?

Súbitamente se hizo un profundo silencio. Y luego, en ese silencio, una voz irreconocible (¿de Encarnación?, ¿de Mercedes?), un murmullo empapado en las más tenebrosas sospechas se dejó oír:

—¿Estás sola, Cecilia?

Y en seguida la misma voz, u otra, igualmente túrgida de recelo, excretó estas palabras, que provocaron en la señorita Leonides como un espeluznamiento de horror.

—¿Estás sola, o has vuelto a las andadas?

Transcurrieron varios minutos sin que se oyese ningún ruido, sin que las viejas o Cecilia hablase ni, al parecer, se moviesen. Pero de pronto la señorita Leonides advirtió, espantada, que el picaporte de la puerta del cuarto de baño giraba, una mano trataba de abrir esa puerta, la dueña de la mano adivinaba que había alguien encerrado allí. (La señorita Leonides podría haber hecho en ese momento una aparición espectacular. Pero eso lo pensó mucho después. Ahora sufría una especie de vahído. Los azulejos resplandecieron. La bañera, soltándose, osciló en el aire como una góndola en el agua. El bidet desapareció. En medio de esas fantasmagorías oyó otra vez el ruido de cascos que se alejaban. Luego nuevamente el silencio).

Debió aguardar más de media hora antes de decidirse a salir de su escondite. Cuando abrió la puerta, dio de bruces con la mirada de Cecilia. Por lo visto estaba allí, de pie en el centro del dormitorio, esperando que saliese. Se miraron. Los ojos de la señorita Leonides habrían hecho bajar la vista a un santo del cielo. Pero la muchacha permaneció tan pimpante. Todavía más, se sonrió. Se sonrió con aquella sonrisa solapada, de cómplice, que ya una vez había hecho erizar de repulsión a la señorita Leonides. Una vez, otra vez. Pero ahora el asco de la señorita Leonides se había centuplicado, le embreaba todo el espíritu, la hacía sentirse casi enferma. No podía quitarse de los oídos aquella frasecita: ***"Has vuelto a las andadas"***. Se adivinaba un abismo de adyección debajo de esas palabras. Y ella no quería, ella no podía asomarse al fondo de ese abismo.

Pasó junto a Cecilia con el cuerpo tenso como si caminase por un serpentario. Se dirigió hasta el otro extremo de la habitación, se sentó, tomó un libro, simuló hojearlo. Cavilaba.

Al cabo de un buen rato recogió el fruto serondo de sus meditaciones. Afectando indiferencia, y sin dejar de hojear el libro, preguntó:

—¿Dónde viven Encarnación y Mercedes?

Ninguna respuesta. La señorita Leonides, haciendo un gran esfuerzo, tuvo que volverse y mirarla. Sólo entonces la joven masculló entre dientes:

—Calle Cochabamba.

El rostro de campesina estaba raro. Tenía un rictus, una crispación que la señorita Leo-

nides no le conocía. Sintió miedo, y para ocultarlo fingió impacientarse.

—Ya sé que en la calle Cochabamba. Pero pregunto el número. Ya no me acuerdo. Hace tanto tiempo que...

Hizo un ademán en el aire, no supo cómo proseguir, se calló y miró por la ventana.

Cecilia salió y volvió en seguida, se plantó al lado de la señorita Leonides, la señorita Leonides miró los zapatos de aquella muñeca repentinamente temible, entrevió que con la punta de los dedos le estaba ofreciendo un papel, lo tomó y lo leyó: "Domicilio de E. y M. Cochabamba 1522. Buenos Aires". La letra era torpe y agigantada. La señorita Leonides gargarizó un "muchas gracias" y siguió hojeando el libro.

Un incómodo silencio, como una tercera presencia invisible, se instaló entre las dos, y durante todo aquel día le impidió a la señorita Leonides articular una palabra. Cecilia también se mantuvo muda. (Pero qué suplicio, qué suplicio el de esos ojos que se rehuyen, se buscan, se separan, se acosan, se vigilan, merodean, espían, languidecen, se aduermen, despiertan, resucitan, se estudian, se exasperan, se desafían, chocan, luchan, se agreden, sucumben, piden perdón, huyen y vuelven a buscarse para empezar otra vez).

A la tarde siguiente, después de la siesta, la señorita Leonides se puso a examinar los faisanes del ***store*** como si fuesen un mapa o un horario, y de golpe y en un tono capitoso que no admitía réplica anunció:

—Cecilia, voy a salir,

Oyó a sus espaldas aquella respiración jadeante, anhelosa, entrecortada, como el primer día en el cementerio. Esperó un minuto, y luego agregó:

—Voy a salir sola, Cecilia.

Esperó otro minuto. ¿Nada? ¿Ninguna pregunta? ¿Ninguna objeción? ¿No le impediría salir? Entonces, manos a la obra.

Fue en la puerta de calle, y a punto ya de despedirse, cuando Cecilia, que la había seguido pisándole los talones y envuelta en un aire taciturno, dijo de pronto, tan quedamente que ella casi no la oyó:

—Mamá, vuelva... vuelva...

Y le enganchaba unos ojos ulcerados, mientras la sonrisa parecía desmentir el dolor de la mirada. La señorita Leonides sintió que se le encogía el corazón. Improvisó como pudo una cara apacible y se echó a reír.

—Pero claro que volveré. Qué ocurrencia.

Había andado unos metros por Suipacha en dirección al Sur cuando Cecilia lanzó un grito. Dios mío, ¿qué le pasaba ahora? La señorita Leonides se dio vuelta y con ella doscientos transeúntes. Y todo, ¿para qué? Para que esa desdichada le hiciera un exagerado saludo con ambas manos. Está bien, adiós. La señorita Leonides prosiguió su marcha y a poco se perdió entre la multitud.

A medida que se alejaba, y libre del asedio de Cecilia, la antigua Leonides Arrufat revivía en la falsa Guirlanda Santos, su espíritu cobraba fuerza. Se sentía crecientemente intrépida, lúcida y segura de sí misma. Se había vestido como la muerta, se había peinado como la muerta; estaba, pues, disfrazada. Y como a todos los disfrazados, el disfraz le aseguraba la audacia y al mismo tiempo la impunidad. Por lo demás, lo tenía todo muy bien pensado.

Cochabamba 1522. Una casa de una sola planta, con un frente verde oliváceo asperjado por las lluvias y los perros. La puerta de calle, abierta, dejaba ver un corredor a cuyo extremo había otra puerta, cerrada. La señorita Leonides tocó el timbre. Nadie salió a atender. Entró y tocó otro timbre que había junto a la segunda puerta. Oyó, dentro, lejos, un campanilleo, ladridos, una voz que la señorita Leonides reconoció en seguida y que canturreaba:

—Ya va, ya va...

La puerta se abrió, y esa alma cándida de Mercedes, que venía mascando beatamente un trozo de galleta, se encontró de súbito y sin previa preparación frente al más allá. La mandíbula inferior se le desencajó; el trozo de galleta, a medio masticar, le rodó por la lengua y cayó al suelo, su garganta exhaló un estertor de estrangulamiento. Dio media vuelta y huyó, basculando como un oso y gritando:

—¡Encarnación! ¡Encarnación!

Ese primer triunfo envalentonó a la señorita Leonides, que sin esperar a que la invitasen franqueó la puerta y se introdujo en la casa. Se vio en una galería cubierta que bordeaba por dos lados a un patio rectangular y a la que daban sucesivas puertas iguales y ruinosas. Una de esas puertas se abrió y —Encarnación delante, Mercedes detrás— las dos culpables comparecieron ante aquella figura de ultratumba que seguramente venía a ajustarles cuentas.

Pero tan pronto como se acercó, la cara de Encarnación se corrompió en una sonrisa que parecía un bostezo reprimido, se volvió hacia Mercedes y le habló en voz baja. Luego se dirigió a la aparición.

—¿Qué se le ofrece, señora?

La señorita Leonides entrecerró los ojos y dijo:

—Soy la prima de Guirlanda Santos.

Encarnación se volvió nuevamente hacia Mercedes:

—¿Viste?

Y otra vez a la señorita Leonides, al tiempo que le tendía una lánguida mano invertebrada:

—Tanto gusto. Como usted es tan parecida a la difunta, esta zonza se asustó.

Mercedes se adelantaba, cohibida y sonriente, y tendía, ella también, el gordo batracio de la mano:

—Tanto gusto. Sí, cuando la vi la tomé por la finada.

—Sólo que Guirlanda era un poco más baja que usted —observó Encarnación, con un aire de persona que quiere poner las cosas en su sitio—. Y tenía otro color de ojos.

Ahora las dos se dedicaban a puntualizar las diferencias, no creyese la desconocida que eran un par de tontas que se dejan engañar así como así.

—Guirlanda era más flaca —dijo Mercedes.

—Sobre todo en los últimos tiempos.

—A causa de la enfermedad. Pero Guirlanda no era flaca —afirmó Encarnación, calurosamente, como si ser flaca fuese un vicio, y agregó, amablemente—: Además, usted tiene menos cabello que Guirlanda.

—No, si ahora que la miro bien, usted es muy distinta.

—Natural. No sé cómo pudiste confundirte.

—Es que en un primer momento...

Hasta que cayeron en la cuenta de que tenían a la visita de pie y en la galería.

—Pase.

—Pase.

Entraron en un cuarto a oscuras y con olor a gato, Mercedes alzó un postigo, la luz de la tarde iluminó crudamente una salita amueblada con un gusto detestable. Y lo primero que vio la señorita Leonides fue una muñeca holandesa que con la boca abierta, con los ojos abiertos, con los brazos abiertos, clamaba a gritos por que la librasen del horrible sofá donde la habían sentado y la devolviesen junto a sus hermanas, a una repisa, a un muerto dormitorio clausurado donde había un ***secrétaire*** donde había una carta donde había un nombre, Fabián.

La visita y las dos dueñas de casa se sentaron en sillones de cretona, se miraron, se sonrieron, se estudiaron; la muñeca pareció callarse y ponerse a escuchar, y una suculenta conversación se inició entre la sedicente prima y las dos mejores amigas de la difunta Guirlanda Santos.

—***Encarnación***: Así que usted es prima de la pobre Guirlanda.

—***La Prima de la Pobre Guirlanda***: Prima segunda.

—***Encarnación***: ¿Por el lado de la madre?

—***La Prima***: Del padre.

—***Encarnación***: Así que usted también se llama Santos. De apellido, dijo.

—***La Prima***: Naturalmente.

—***Mercedes***: Entonces usted tendrá un nombre de lo más estrafalario, como todas las Santos. Papá decía que los sacaban de las novelas.

—***La Prima***: Ah, sí. ¿De las novelas? Bueno, el mío no. El mío lo sacaron de un libro de versos. Yo me llamo Anabelí.

—***Mercedes***: ¿No digo?

—***Encarnación***: ¡Mercedes! Es un precioso nombre, Anabelí. Y usted, de Belena, ¿qué viene a ser?

—***Anabelí***: ¿Yo? ¿De Belena? Pues...

—***Mercedes***: Tía. Porque si usted es prima de Guirlanda, y Guirlanda era tía de Belena, usted tiene que ser también tía de Belena.

—***Anabelí***: Naturalmente. Pero no tía carnal, sino de tercer grado.

—***Encarnación***: ¿Y cómo es que Guirlanda nunca nos habló de usted?

—***Anabelí***: Querida, no dudará...

—***Encarnación***: No, si no dudo. No hay más que verle la cara. Pero qué extraño, Guirlanda decía que, salvo Belena, no quedaba nadie de la familia Santos. Y como Jan había venido solo a América, decía que ella y Cecilia estaban solas en el mundo. Porque a Belena no la contaba, usted sabe.

—***Anabelí***: A mí tampoco me contaba, querida.

—***Encarnación***: Ah.

—***Mercedes***: Ah.

—***Anabelí***: Hubo ciertos disgustos, ciertas cuestiones de familia, de las que prefiero no hablar.

—***Encarnación***: ¿A causa de Jan? Lo mismo pasó con Belena.

—***Anabelí***: Fíjense que ni siquiera me avisaron que Guirlanda había muerto.

—***Encarnación***: Como a Belena.

—***Mercedes***: Belena se enteró por los diarios.

—***Anabelí***: Cierto que yo vivía en Córdoba. Pero de todos modos Cecilia conocía mi dirección; pudo mandarme una tarjeta, avisándome. Digan que tuve que venir a Buenos Aires. Porque como quedé viuda...

—***Encarnación***: Ay, caramba. La acompaño en el sentimiento.

—***Mercedes***: La acompaño en el sentimiento.

—***Anabelí***: Muchas gracias. Muchas gracias. Como quedé viuda hace cinco años, decidí mudarme a la Capital. Y naturalmente, después de tanto tiempo, yo no soy rencorosa, lo primero que hice fue ir a lo de Guirlanda. Y me encuentro con que había muerto.

—***Encarnación***: No se imagina lo que sufrió, pobre Guirlanda. No sé si Cecilia le habrá contado.

—***Anabelí***: Muy poco.

—***Encarnación***: Murió de cáncer. Los últimos tres años los pasó encerrada en aquella casa. No quería recibir a nadie, ni a nosotras, con eso le digo todo. Ni al médico. Despidió hasta a las sirvientas. Decía que querían envenenarla.

—***Anabelí***: ¿Y quién la atendía?

—***Mercedes***: Cecilia.

—***Encarnación***: Cecilia. Le hacía de enfermera, de cocinera, de mucama, de todo. No podía dejarla sola ni un minuto, porque al volver la encontraba deshecha en lágrimas y gritando que se moría. Se tiene ganado el cielo esa chica, créamelo.

—***Anabelí***: ¿Y Cecilia sabía que su madre...?

—***Encarnación***: Cómo no iba a saberlo. Y por eso se consagró a endulzar los últimos años de Guirlanda con una abnegación que a ésta y a mí nos arrancaba lágrimas.

—***Anabelí***: Hasta que se murió.

—***Mercedes***: Hasta que se murió, pobre Guirlanda.

—***Anabelí***: Casi fue una liberación para las dos.

—***Encarnación***: Sí, pero de todos modos representó un golpe terrible para Cecilia. Adoraba a la madre. Me acuerdo la noche del ***velorio***. Estaba allí, junto al cajón, con una cara que daba miedo. Para mí que desde entonces empezó a trastornarse. Le diré que al ***velorio*** no asistimos más que ésta y yo. Porque amigos no tenían, usted sabrá qué raro era Jan, con sus maní-

as, las ciencias ocultas, los rosacruces. Y en cuanto a Guirlanda, no digamos. Y los pocos que tenían, con el encierro y las rarezas de Guirlanda se alejaron. Únicamente nosotras dos les permanecimos fieles. Parientes, estaba usted...

—***Anabelí***: En Córdoba, sin enterarme de nada.

—***Encarnación***: Y estaba Belena. Nunca imaginamos que Belena vendría al ***velorio*** de su mortal enemiga.

—***Anabelí***: Pero vino.

—***Encarnación***: Vino. Yo, cuando la vi aparecer, me quedé muda.

—***Anabelí***: ¿Y cómo está, Belena?

—***Encarnación***: Siempre tan hermosa, tan distinguida...

—***Mercedes***: Dirán lo que dirán de Belena, pero...

—***Encarnación***: ¡Mercedes! Lo que pasa es que Belena es una mujer demasiado atractiva, y eso siempre despierta envidias y habladurías. Y disculpe, no lo digo por Guirlanda, que en paz descanse, pero de Belena se ha hablado mucho, se han contado horrores, pero a mí no me consta. Usted la hubiera visto aquella noche. La besó a Cecilia, nos besó a nosotras dos, miró un largo rato a la finada, varias veces se llevó el pañuelo a los ojos. Si fuese la mujer que dicen, no hubiera derramado una lágrima por Guirlanda.

—***Anabelí***: ¿Y desde entonces no la han vuelto a ver?

—***Encarnación***: Pero, ¿cómo? ¿No sabe?

—***Mercedes***: ¿No sabe?

—***Anabelí***: No. ¿Qué?

—***Encarnación***: ¿Cecilia no le ha contado?

—***Anabelí***: Nada.

—Encarnación: - Pues verá. Como Cecilia se había quedado sola, y como Belena también estaba sola, porque enviudó hace unos años...

—***Anabelí***: Como yo.

—***Encarnación***: Como usted. Es la ley de la vida. Y como al fin y al cabo, y a pesar de las rencillas, Cecilia y Belena eran primas carnales, y como Belena tampoco es rencorosa...

—***Anabelí***: Como yo.

—***Encarnación***: Como usted. Pues Belena se quedó a vivir con Cecilia.

—***Anabelí***: ¿Ah sí? ¿Belena? ¿Belena se quedó a vivir con Cecilia, allá, en la casa de Suipacha? Pero ya no vive más.

—***Encarnación***: No. Ya no.

—***Anabelí***: ¿Qué pasó? ¿Se pelearon?

—***Encarnación***: Usted pregunta qué pasó.

—***Mercedes***: ¡Dios mío!

—***Anabelí***: Vaya, ustedes me asustan.

—***Encarnación***: Es que ciertas cosas no son fáciles de contar, señora.

—***Anabelí***: Querida, yo soy de la familia. Y ustedes, como si lo fueran. Ustedes son más que parientas.

—***Encarnación***: Entonces, con su permiso. Nosotras, después de la muerte de Guirlanda, íbamos frecuentemente a visitarlas. Belena nos recibía amablemente.

—***Mercedes***: En cambio Cecilia...

—***Encarnación***: ¡Mercedes!

—***Anabelí***: Diga. ¿Cecilia, qué?

—***Encarnación***: Esta quiere decir que Cecilia no hablaba jamás, no abría la boca ni para preguntarnos cómo andábamos de salud, o cómo estaba mamá. Porque usted sabe que tenemos a mamá paralítica.

—***Anabelí***: ¡Ah, qué pecado!

—***Encarnación***: Nunca. Ni una palabra.

—***Mercedes***: Sale al padre. Usted lo habrá conocido a Jan. Nosotras le teníamos una rabia.

—***Encarnación***: ¡Mercedes!

—***Anabelí***: Pero Belena...

—***Encarnación***: A eso iba. Nosotras la notábamos preocupada a Belena. Una tarde nos acompañó hasta la esquina y nos contó rápidamente algunas cosas. Primero la tacañería de Cecilia. Fíjese que le controlaba hasta el último centavo. En eso tiene razón Mercedes. Sale a Jan. Pero lo más grave era lo otro. Sí, las salidas de Cecilia. Salía por ejemplo una tarde y no volvía hasta la noche. Belena le preguntaba: "¿De dónde vienes, querida?", pero la otra no se lo decía. Y Belena, lógicamente, sospechaba que aquellas salidas no presagiaban nada bueno. Pero, ¿qué podía hacer?

—***Anabelí***: Pues yo, en el lugar de Belena...

—***Encarnación***: Usted sí, querida. Usted no vive a costa de Cecilia, como vivía Belena. Porque la pobre Belena no tiene dónde caerse muerta. Además, usted es la tía, es una persona madura...

—***Anabelí***: ¿Y Belena? ¿Acaso Belena es una chica?

—***Encarnación***: No, pero...

—***Anabelí***: Tenía el deber de dirigir los pasos de su prima menor de edad.

—***Encarnación***: ¿Cecilia?

—***Mercedes***: ¿Cecilia, menor de edad?

—***Anabelí***: ¿O no? No sé, no tengo memoria para las edades.

—***Encarnación***: Cecilia ya ha cumplido los veintitrés.

—***Anabelí***: Dorremifá.

—***Encarnación***: ¿Decía?

—***Anabelí***: No, nada.

—***Encarnación***: Claro que no los aparenta.

—***Mercedes***: Los locos nunca aparentan la edad.

—***Encarnación***: ¡Mercedes!

—***Anabelí***: Siga contándome, querida.

—***Encarnación***: Un día que fuimos a visitarlas, Cecilia no estaba en casa. Yo, ésta y Belena conversábamos lo más tranquilas en el comedor. Y de golpe Belena que se pone a llorar. Imagínese nosotras. Nos contó que revisando unas ropas de Cecilia había encontrado una foto. "Esta", dijo. Y nos mostró la fotografía de un muchacho rubio, joven, nada feo, pero con unos ojos... Al dorso de la foto estaba escrito: "F. a C. ".

—***Anabelí***: ¿Y por eso lloraba Belena?

—***Encarnación***: Natural.

—***Anabelí***: No era para tanto. Un novio lo tiene cualquier muchacha.

—***Encarnación***: Sí, pero Cecilia no es cualquier muchacha. Piense en su fortuna. Piense en su forma de ser. Mire qué carnada para más de un aventurero. Y si era un novio como Dios manda, ¿por qué lo ocultaba? ¿Por qué no la visitaba en su casa, delante de Belena?

—***Anabelí***: Eso es cierto.

—***Encarnación***: Fíjese que Belena no había logrado que Cecilia le confiase a dónde iba cuando salía sola por las tardes. Y todavía más: una vez Cecilia se había enojado y la había llamado arpía.

—***Anabelí***: ¿Arpía? ¡Mire qué bien!

—***Encarnación***: ¿cómo, qué bien?

—***Anabelí***: Digo, ¿y ustedes? ¿No hicieron la prueba de hablar con Cecilia?

—***Encarnación***: Pero si esa muchacha estaba siempre en otro mundo. Usted trataba de sonsacarle algo y era como dirigirse a una pared. Además, no podíamos dejarla mal a Belena descubriendo que nos hacía confidencias. La propia Belena nos había pedido discreción. Y si usted me permite decírselo todo, le diré que Cecilia nos tenía cierta ojeriza, no se por qué.

—***Mercedes***: Entre Jan y Guirlanda le habían metido en la cabeza la idea de que nosotras...

—***Encarnación***: ¡Mercedes! Lo que pasa es que Cecilia ya no estaba en su entero buen juicio. A veces las personas así, un poco trastornadas, le toman odio a alguien sin motivo, porque sí.

—***Anabelí***: Es verdad. ¿Y después?

—***Encarnación***: ¿Después?

—***Mercedes***: ¡Ay, Dios mío!

—***Encarnación***: Después ocurrió lo que temíamos que ocurriese. Fue una tarde. Habíamos quedado en que yo acompañaría a Belena hasta el consultorio del doctor Criscuolo, usted lo habrá oído nombrar, un sabio, especialista del corazón. Sí, pobre Belena, creía estar enferma del corazón. Me pidió que la acompañase porque yo le había dicho que conocíamos a Criscuolo desde chicos. Convinimos en que yo la pasaría a buscar. Y así fue. Eran las cuatro de la tarde. Me acuerdo que antes de irnos Belena le dijo a Cecilia: "No sé qué me da dejarte sola". Fíjese, parecía que presentía algo, pobre Belena. En cambio yo me reí y le dije: "Pero si en un momentito vamos y venimos. Quién la va a comer". El doctor Criscuolo atendió a Belena a eso de las seis. Le dijo que lo del corazón no era nada. Después nos fuimos a tomar el té a ***Los Dos Chinos***. Estábamos sentadas, lo más bien, cuando Belena empezó a ponerse nerviosa, y a decirme que el día anterior Cecilia había recibido una carta, y que ella estaba preocupadísima, porque sospechaba, por varios indicios, que su prima andaba en amoríos, y que etcétera, etcétera, y que habíamos hecho muy mal en dejarla sola tanto tiempo. En resumidas cuentas: con el té con leche en la garganta tuve que levantarme y acompañar otra vez a Belena hasta su casa. Cuando llegamos ya era de noche. La puerta de calle estaba entreabierta. Entramos. Todo a oscuras. Belena enciende luz y vemos algunos muebles con los cajones abiertos, un sillón volcado, colillas de cigarrillos por el suelo. Belena empezó a gritar; "¡Cecilia! ¡Cecilia!". Cecilia no aparecía. Yo estaba muerta de terror. "Llamemos a la policía", le dije a Belena. Pero Belena seguía gritando: "¡Cecilia! ¡Cecilia!". Recorrimos toda la planta baja, y ni rastros de Cecilia. Belena me arrastró escaleras arriba. Yo no quería subir, porque estaba segura de que la encontraríamos en medio de un charco de sangre, degollada, apuñaleada. Pero Belena me obligó. La puerta de su dormitorio estaba cerrada con llave, aunque con la llave puesta en la cerradura y del lado de afuera. Abrimos, y ahí estaba Cecilia.

—***Mercedes***: Viva.

—***Encarnación***: Qué novedad. Claro que viva. ¡Pero en un estado! Temblaba como un perro rabioso, tenía la vista extraviada, el pelo en desorden, la ropa desgarrada. Y la cama, si usted me entiende, también. Toda revuelta.

—***Mercedes***: Contale lo de Belena.

—***Encarnación***: Al entrar en el dormitorio de Cecilia y ver aquel cuadro, Belena sufrió una transformación. Puso una cara que yo jamás olvidaré mientras viva. Hasta se volvió fea, no sé si me explico. Una cara tan espantosa que Cecilia se encogió y gritó, como si temiese que Belena fuera a castigarla, o a matarla. Algo muy extraño. Pero Belena, aparte de poner aquella cara, no hizo nada. Se quedó inmóvil. Y de golpe salió de la habitación como un huracán. Yo la seguí. Cruzó la antecámara y entró en el dormitorio de Guirlanda. Y yo detrás. Se puso a revolver todos los muebles. Y yo también.

—***Anabelí***: ¿Qué buscaban?

—***Encarnación***: Las joyas de Guirlanda, las libras esterlinas, los soles peruanos, los mejicanos de oro, todas las monedas que coleccionaba Jan, una fortuna.

—***Anabelí***: Habían desaparecido.

—***Encarnación***: Todo. Belena dejó de buscar. Estaba hecha un demonio. Se mordía los labios, las manos le temblaban, echaba lumbre por los ojos. ¿Cómo te dije que hacía, Mercedes?

—***Mercedes***: Uuuuh uuuh, así, como si soplase.

—***Encarnación***: Después, sin siquiera mirarme, huyó a la planta baja. Yo no sabía qué partido tomar. Estuve un rato deambulando por el dormitorio de Guirlanda, por, la antecámara. No me atrevía a entrar en el cuarto de Cecilia. Por fin me decidí y busqué a Belena. La encontré en la cocina, llorando como yo jamás he visto llorar a nadie. Al verme dejó instantáneamente de llorar, me volvió la espalda, y en un tono un poco seco, es la verdad, me dijo: "Encarnación, se lo ruego, que nadie sepa lo que ha ocurrido en esta casa. Se lo pido por la memoria de Guirlanda. Y ahora váyase. Váyase y déjeme sola". Me pareció que el dolor la

volvía un poco grosera. Pero se lo perdoné. Y como no soy de las que se hacen repetir dos veces las cosas, allí mismo me fui.

—***Anabelí***: Querida, una pregunta, ¿No se acuerda si el día en que, bueno, pasó lo que pasó, era lunes?

—***Encarnación***: Espere. Criscuolo atiende de lunes y jueves.

—***Mercedes***: Jueves no era, porque si hubiese sido un jueves, yo habría ido a la Misión, y en cambio me quedé en casa.

—***Encarnación***: Entonces sí, fue un lunes. ¿Cómo lo sabía?

—***Anabelí***: No, nada. Pero siga, querida.

—***Encarnación***: Ya queda poco. Cuando al día siguiente volví con ésta, encontramos a una Belena de piedra, que casi no nos habló, que abrió la boca sólo para pedirnos otra vez reserva. Nosotras estábamos impresionadas viéndola así.

—***Anabelí***: ¿Así? ¿Cómo?

—***Encarnación***: Hecha un guiñapo. Ella, tan arrogante. Y todavía más: cuando le preguntamos por Cecilia, nos gritó que no se la nombrásemos, y se puso a sollozar. Le repito que estábamos impresionadas.

—***Anabelí***: ¿Y Cecilia?

—***Encarnación***: Esa tarde no la vimos. Dos días después las visitamos nuevamente, pero Belena ya no estaba más. En cuanto a Cecilia, nos recibió con una cara de loca que producía horror. Disparataba, decía que su pobre madre había salido y tardaba en volver, y que tal vez se habría perdido y que ella debía ir a buscarla... Partía el alma oírla.

—***Anabelí***: De modo que Belena abandonó a Cecilia cuando la muchacha más la necesitaba.

—***Encarnación***: Sí. También a nosotras nos llamó la atención.

—***Anabelí***: ¿No volvieron a verla?

—***Encarnación***: No, nunca.

—***Anabelí***: ¿Y saben dónde vive?

—***Encarnación***: No.

—***Mercedes***: No.

—***Encarnación***: Intentamos sondear a Cecilia a ese respecto, pero fue inútil.

—***Anabelí***: De modo que ni Belena ni ustedes hicieron ninguna denuncia.

—***Encarnación***: Querida, ¿qué hubiéramos ganado?

—***Anabelí***: ¿Ustedes? Al contrario. Habrían perdido.

—***Encarnación***: ¿Sí?

—***Mercedes***: ¿Perdido?

—***Encarnación***: ¿Cómo, perdido?

—***Anabelí***: Habrían perdido la oportunidad de seguir yendo a la casa de Cecilia a robarse cosas.

—***Mercedes***: ¿En?

—***Encarnación***: No sé qué quiere decir, señora.

—***Anabelí***: Por el contrario, lo sabe muy bien.

—***Encarnación***: Le advierto que si esa chiflada le ha ido con historias...

—***Anabelí***: Ninguna historia. Cecilia no me ha contado nada.

—***Encarnación***: Pero entonces, en concreto, ¿a qué se refiere?

—***Anabelí***: Me refiero, en concreto, a varias chucherías del comedor. Me refiero, en concreto, a una estola de lutre. Me refiero, en concreto, a varios vestidos de Guirlanda. La persona que ayer estaba encerrada en el cuarto de baño era yo.

—***Encarnación***: ¿Usted?

—***Mercedes***: ¿Usted?

—***Anabelí***: Finalmente: me refiero, en concreto, a esta muñeca.

—***Encarnación***: Ah, no, permítame. Esta muñeca me la regaló Belena.

—***Anabelí***: ¿Y con que derecho Belena regala objetos pertenecientes a su prima sin el consentimiento de esta? De modo que permiso. Y también este buda.

Librodot

—***Encarnación***: Eso sí que no se lo voy a permitir. El buda es un regalo de casamiento de mi madre.

—***Anabelí***: Me lo llevo lo mismo. Va en lugar de la estola.

—***Encarnación***: Ah, no. Llamaré a la policía.

—***Mercedes***: A la policía.

—***Anabelí***: Llámela. Yo la llamaré antes. Veremos qué le dice usted y que le digo yo.

—***Encarnación***: No levante la voz. Mi madre puede oírla.

--***Anabelí***: Entonces comience por bajarla usted. Y dígale a su hermana que termine con sus lloriqueos.

—***Encarnación***: ¡Mercedes, callate!

—***Anabelí***: Y ahora, veamos; ¿que mas?

—***Encarnación***: ¿Todavía hay más?

—***Anabelí***: Dinero, también dinero le habrán robado a aquella infeliz. O le habrán hecho firmar testamento a favor de ustedes, legados falsos por los que pueden ir a la cárcel.

—***Encarnación***: ¿Pero que está diciendo?

—***Mercedes***: ¿Qué está diciendo?

—***Anabelí***: Y bien, escúchenme. Les prohíbo volver por la casa de Cecilia. Ahora estaré yo ahí, vigilando. Si vuelven, con cualquier pretexto que sea, las haré detener.

—***Encarnación***: Basta, señora. Por piedad, basta.

—***Anabelí***: ¿Me han comprendido?

—***Encarnación***: Váyase, se lo ruego.

—***Mercedes***: Váyase, váyase.

—***Anabelí***: Ya me voy. Pero les repito...

—***Encarnación***: No es necesario.

—***Mercedes***: No es necesario.

—***Anabelí***: Entonces, adiós.

Siempre disfrazada de Anabelí Santos, exhausta, desmembrada, con todas sus fuerzas consumidas por la larga representación delante de las dos viejas bribonas (sobre todo por aquella escena final, cuando le pareció que con un bastón de hierro quebraba y quebraba infinitas formas de barro), la señorita Leonides se desplomó sobre su angosta camita y, sin ánimo ni para pestañear, miraba con ojos de laca un rosetón del cielo raso. En el suelo, descoyuntada en una postura inverosímil, la muñeca gemía. Más lejos, el buda sonreía y meditaba.

Se fue la tarde, vino la noche, las sombras borraron el rosetón del techo, y la señorita Leonides seguía inmóvil como un tronco talado.

Hasta que —quizá fue un sueño, quizá no lo fue— se le figuró que Anabelí Santos dejaba de ser una criatura fingida, cobraba dimensiones reales, estaba ahí, viva, y le dirigía una suerte de larga admonición.

Sí, Anabelí Santos le decía:

—Leonides, está bien. Has descubierto que Cecilia tuvo un embrollo de esos que tanto te disgustan. Las oíste, ¿eh?, a las dos cotorras. Y ahora tú trazas una raya y escribes el resultado: Cecilia es esto, Cecilia es aquello, no merece mi afecto, y en consecuencia, lo mismo que Belena, la abandono, no vuelvo más por allá, el juego ha terminado. Leonides, haces como los demás. Como la madre, como Fabián, como Belena, como todos. Se acercan a Cecilia, abusan de ella (unos de una manera, otros de otra) y luego huyen (la madre huyó al otro mundo, pero en el fondo es lo mismo). ¿Y tú, por qué? La historia de Fabián te ha golpeado en los dientes. Lo comprendo. Creías que la ruina de aquella casa, que el desvarío de Cecilia, eran la obra del dolor del ángel, y ahora han venido las dos momias a murmurarte al oído que no, que estabas equivocada, que todo ha sido una tramoya de la bestia, una inmunda mixtura de sexo, lujuria, violación y robo. Y tú, asqueada, te alejas de ese mico sarnoso. Está bien, pero reflexionemos. No compararás a Cecilia, me supongo, con esas mujeres que se besan con hombres en los paseos públicos y cuando te ven con tu soledad y tu sombrero se ríen provocativamente. Esas mujeres son siempre bellas, altas, dueñas de sí mismas (todo lo contrario de Cecilia). Esas mujeres no se encierran en sus casas a cuidar enfermos, no se atan al lecho de un moribundo que tarda tres años en morirse (ni tres años ni tres días). Sus muertos se mueren solos, maldiciéndolas, mientras ellas corren a abrazarse con un joven apuesto que las espera en un parque, dentro de un automóvil, en un lujoso departamento. En cambio, Cecilia es tu semejante, tu hermana de timidez y de martirio. Después de aquellos tres años junto a la madre desahuciada, ¿qué supones que le reservaría el mundo? Las mismas emboscadas que a ti. A ti solfear con los mosaicos, hablar sola y poner una rama de ortiga en la puerta de Natividad González. Y a ella caminar por la calle con un aspecto de inmigrante polaca, y que un muchacho de las esquinas la vea y la siga. Y ya está. La trampa se abre, y Cecilia, sin darse cuenta, tiene un pie en el cepo. Habrá creído hallar, por fin, un camarada, un amigo joven, risueño, con quien pasearse tomados de la mano, bajo los árboles, como habrá visto a tantos muchachos y muchachas de su edad. Y sobre todo, alguien sano, alguien fuerte, alguien que está libre de la mordedura del horrible cangrejo, y no huele a remedios, ni a vejez, ni a muerte, sino a carne limpia y a juventud y a salud. Todo eso habrá sido Fabián para Cecilia. Y cuando Belena, esa mujer madura y hermosa (de las que se besan en las plazas) quiere entrometerse, ella se defiende con su única arma: callando. Callando y manteniendo apartado a Fabián. Porque si Fabián conoce a Belena, se enamorará de Belena y a ella la olvidará. Pero delante de él arroja todas las armas. Todas, hasta las uñas. Y le confía que su padre le ha dejado una colección de monedas de oro, y que la madre tenía alhajas que ya nadie usa, que están guardadas en estuches, y que hasta hay dinero en todos los cajones. Y otro día le dice: “El lunes no podré salir. Mi prima, que es una mujer de edad y muy mala” (mentiría, o no mentiría) “tiene que ir a lo del médico y no puedo dejar la casa sola”. Fabián tragaría el humo del cigarrillo, se miraría las uñas, dejaría escurrir por la comisura de los labios un murmullo como un hilo de saliva:

Librodot

"Si querés, puedo ir yo a visitarte". De pronto se da un golpe en el muslo, se quita la máscara de compañero de juegos, se queda con el rostro de muchacho de las esquinas al desnudo, masculla: "Pero qué broma, el lunes. El lunes estoy de guardia". Durante uno o dos días trata de salvar el inconveniente, lo consigue, escribe la carta: "Querida Cecilia. Tuyo, Fabián". Cecilia imagina que tomarán el té juntos, se asomarán al balcón sobre Suipacha, quizá, si él se lo pide, recite los versos de Anabel Anabelí. Pero dentro de la casa profunda y acolchada Fabián se metamorfosea en otro hombre, un hombre lívido que ruge, que se echa sobre ella, que la arrastra a un pozo sin fin, que la corta en pedazos, que la deslíe como un grano de tierra en el agua y que después se va, se marcha, desaparece para siempre. Y ella pierde la razón (las mujeres que son tus enemigas no pierden la razón). Y loca y solitaria, levanta un recinto amurallado donde el sexo no tiene cabida, donde la bestia de la carne no puede introducirse. Es una ciudad consagrada al ángel. Un santuario en el que no se oficia otro rito que el del más puro amor. Y es a ti, a ti sola, a quien le ha franqueado la entrada. ¿Qué más querías? Durante treinta años peregrinaste entre rechazos. Y ahora que habías sido admitida, te bastó saber sobre qué subsuelo de muertas escorias había sido edificada la ciudad para que, frunciendo la nariz, te alejes. Leonides, eres una estúpida. Prefieres, por lo visto, este cuarto estrecho cómo una cárcel. Prefieres la compañía de la vincapervinca. Corre a buscar a Natividad González. Y entretanto me parece estar viendo a Cecilia, de pie a la puerta de su casa, agitar una mano y saludarte. Y en esa mano veo las uñas cortas y quebradas, veo una ampolla, el estigma de una quemadura, apenas un enrojecimiento, nada. Anabelí Santos, ya es suficiente. ¿No ves que las sábanas han empezado a arder debajo de la señorita Leonides? ¿No ves que ha creído escuchar un ruido, se ha incorporado, y sólo después de unos minutos ha comprendido que era su propio sollozo lo que oyó? Ahora se levanta enciende la luz, mira el despertador (pero el despertador, privado de cuerda durante tantos días, ya no señala el tiempo, señala la eternidad), abre la puerta, y olvidándose de ti y del meditabundo buda y de la muñeca en la picota, sale como un ciclón.

La señorita Leonides cruza en tranvía una ciudad desconocida. ¿Qué hora es? No lo sabe. Nadie lo sabe. Quizá sean las once de la noche, quizá las cuatro de la madrugada. La impaciencia la carcome. Mira por la ventanilla y no reconoce nada de lo que ve. El tranvía llega a una esquina que copia, con varios trastos viejos, la esquina de Sarmiento y Suipacha. La señorita Leonides desciende. Ahora corre por un largo zaguán abandonado. Desde lejos distingue la mole de la iglesia. Y enfrente, la casona. Y en la puerta, Cecilia. Cecilia está acurrucada en el umbral de la puerta como una mendiga. Tiene brazos y piernas anudados como en un abrazo consigo misma. Mira hacia Rivadavia. Mira el vasto Sur donde, hace horas, se internó Guirlanda Santos. Es muy tarde, la ciudad se ha ido a dormir, pero Cecilia sigue esperando. Guirlanda Santos le prometió volver. Y ella la espera.

La señorita Leonides no puede más. Se siente tremenda de amor. Grita:

—¡Cecilia!

Su grito se expande, rebota en las paredes del largo zaguán vacío, despierta las palomas del eco.

El nudo de piernas y de brazos se suelta como cortado por una cimitarra, la mendiga se pone de pie de un salto, gira en redondo, ve a Guirlanda, a Guirlanda que vuelve, que corre hacia ella, que tiene el peinado deshecho, las mejillas arreboladas, los ojos fosforescentes; a Guirlanda que parece una muchacha, que parece mil años más joven, que parece sana y ágil y hermosa. Una tienda (cerrada) a la derecha, otra tienda (cerrada) a la izquierda, enfrente el muro (dormido) de San Miguel Arcángel, nadie es testigo de cómo esos dos pobres seres se precipitan el uno hacia el otro, cómo se abrazan y lloran, y entran en la casa del número 78 y cierran tras de sí la puerta, ni cómo los llamadores de bronce dulcifican sus fachas de gárgolas y parecen sonreír. Leonides Arrufat, Anabelí Santos, Guirlanda Santos, las tres simultánea y alternativamente ríen y lloran y besan a Cecilia y exclaman:

—¿A que no sabes a dónde he ido? A visitar a un médico famoso. ¿Y a que no sabes qué me ha dicho? Que estoy curada. ¿Comprendes, Cecilia? Ya no tendremos necesidad de vivir siempre encerradas en este caserón. Ahora podremos salir, pasear, ir al cine y al teatro. Toma-

Librodot

remos el té en una confitería, cada día una diferente, donde haya música. Y nos compraremos cosas, muchas cosas, todas las cosas que nos gusten. Pero, ¿qué tienes?, ¿qué hay? ¡Cecilia! ¡Cecilia!

Cecilia vacila, su rostro se altera, parece dividirse en varios rostros iguales que se superponen sin coincidir. Doblándose en dos, vomita sobre la alfombra.

La señorita Leónidas la carga en sus brazos (Guirlanda y Anabelí la ayudan), la lleva hasta el dormitorio, la deposita delicadamente sobre el lecho, la desviste, la acuesta, va a decirle que en lo sucesivo, en lo sucesivo... Pero Cecilia como fulminada por una atroz fatiga, se ha dormido de un golpe.

Guirlanda, Anabelí y Leonides contemplan pensativamente ese rostro leudado, esa cara como un pan que ha caído en el agua y se ha hinchado sin perder, no obstante, su forma.

Repentinamente las tres han comprendido.



Transcurrieron varios meses. Las constelaciones giraron en los impávidos cielos. A la primavera sucedió el verano.

La señorita Leonides decía: “Cecilia, hijita”, y ya no tenía la sensación de estar usando un lenguaje postizo. Cecilia exclamaba: “Mamá, mamá”, y la señorita Leonides ya no advertía, debajo de ese llamado, el hueco que antes lo dejaba bailando en el aire como una hoja seca. Porque el espíritu también funda, como la carne, más que la carne, sus propias filiaciones.

Salían juntas de paseo, tomadas del brazo. Se sentaban a una mesita, en la vereda de alguna confitería de la Avenida de Mayo, sorbían morosamente un refresco, miraban pasar a la gente. O entraban en los cines de Lavalle, asistían al desfile de aquellas imágenes siempre demasiado veloces, salían como borrachas, durante todo el día comentaban lo que habían visto. (Claro que, conforme la señorita Leonides tenía ocasión de comprobarlo, a menudo Cecilia no captaba ni el carozo ni la corteza del espectáculo. Pero, ¿qué importaba? ¡Se la veía tan

Librodot

feliz en su luneta, riéndose y chupando caramelos!).

Juntas, siempre juntas. Ahora la señorita Leonides vestía de gris, de blanco, de azul. Las mejillas se le redondeaban. Había engordado. Se parecía más que nunca a Guirlanda Santos de hacía diez años (Cuando Belena la vio por última vez en vida). Y a su lado, pulcra, obediente, una perla, la muñequita de cara de aldeana y gran peluca rubia traqueteaba denodadamente sobre sus piernecitas mecánicas.

"Señor, Señor", rogaba la señorita Leonides, "no me prives de esta felicidad".

Tenían la casa como un espejo. El hedor a podredumbre y a medicamentos había sido aventado. Entre, las dos preparaban arduos platos inéditos que después devoraban alegremente en la cocina.

Festejaron Navidad con un banquete. La señorita Leonides, dando rienda suelta a fantasías mucho tiempo postergadas, decoró el comedor hasta volverlo irreconocible. Sobre la mesa desplegó una imponente orografía de golosinas. Tomaron champán. Se rieron a carcajadas. La señorita Leonides se puso a bailar sola y a arrojar besos a una imaginaria concurrencia. Como siempre, terminó llorando.

"Señor, "Señor", suplicaba la señorita Leonides, "no me quites esta felicidad".

Pero una inexorable herrumbre atacaba ya a toda aquella doradura.

El rostro de Cecilia mostraba, así como una medalla muestra su anverso y su reverso, a ratos una infinita dicha y a ratos una sorda desesperación, y como esas expresiones iban unidas a la sardónica sonrisita que no se le caía nunca de los labios, su fisonomía cobraba de pronto un tinte de astucia y de malicia, como la de esos emperadores romanos cuyo porte severo se contradice con la boca socarrona que parece dejar traslucir no se sabe qué pérfido regocijo interior. Pero otras veces la medalla se vaciaba de ambos lados, y en su sitio aparecía fugazmente el perfil de una niña que, sola en la noche, oye un ruido de pisadas que se acercan.

Cada vez que esa patética niña tomaba el lugar de Cecilia, a la señorita Leonides se lo oprimía el corazón.

"Dios mío, Dios mío", rogaba, presa de una profunda congoja.

Al culminar el verano, la señorita Leonides casi no conoció otra compañía que la de esa chiquilina aterrada que escuchaba un rumor de pasos. Era inútil que la tomara de las manos, que la estrechara contra su seno, que le dijera:

—Ya verás, ya verás, todo irá bien.

¿Qué es lo que iría bien? Cecilia estrujaba desesperadamente las manos que aprisionaban las suyas; el pánico de los ojos por un lado y la titilante sonrisita por el otro se acentuaban y como se separaban; gemía, en una especie de vagido:

—Tengo miedo... tengo miedo...

Tal vez, desde su sueño, ella sabía lo que la señorita Leonides aún ignoraba desde el suyo.

Sabía que cuando las pisadas se detuviesen y el visitante llamara, ella debería despertar, saltar fuera del sueño y abrir una puerta y salir, y que entonces la puerta se cerraría a sus espaldas y ella ya no podría volver a entrar.

Sabía que el médico, un desconocido al que la señorita Leonides localizó gracias a una chapa de bronce, diría en un tono sentencioso y sumario:

—Habrá que elegir entre la madre y el hijo.

Y que la señorita Leonides, espantada, balbucearía:

—Pero doctor, ¿quién ha de decidirlo? Mi hija —(¡Oh querida, oh amada Leonides Arrufat)—, mi hija no está en condiciones de tomar una decisión así, usted ve.

—Veo, señora, veo —contestaría el médico, contrariado porque lo obligasen a dar explicaciones—. Pero a los dos no podremos salvarlos.

Tal vez ella ya sabía lo que el médico tampoco sabía. Sabía que, contrariamente a lo que afirmaría ese pedante, no habría nadie a quien salvar ni nadie a quien condenar.

Y querría advertírselo a la señorita Leonides, pero no encontraría las palabras, no hallaría el medio de trasegar, de una a otra irrealidad, el agua subterránea de aquella premonición. Y por eso, cada vez más frecuentemente, gemía, se agitaba en espasmos convulsos, la repug-

nante sonrisita forcejeaba entre sus labios como queriendo soltarse.

Y la pobre señorita Leonides no sabía sino repetir su estribillo:

—Ya verás, ya verás, todo irá bien.

Hasta que, una noche de carnaval, las pisadas se detuvieron, la inmensa puerta se abrió, y Cecilia, lanzando un grito, salto fuera del sueño.

Estaba acostada en el dormitorio de su madre, en la cama de su madre. A su lado, una desconocida, vestida y peinada como su madre, la miraba con ojos desencajados.

—¿Quién es usted? —le preguntó, débilmente, tratando de incorporarse. Pero las fuerzas la abandonaron y debió apoyar nuevamente la cabeza sobre la almohada.

Lejos, se oía un estrépito como el de un chorro de agua cayendo en un tanque vacío. Y al mismo tiempo el chorro de agua producía una música estridente.

—¿Qué es todo ese ruido? —dijo, y volvió los ojos hacia la ventana, a través de la cual se veía un resplandor purpúreo.

Escuchó la voz de la desconocida:

—Es el corso de la Avenida de Mayo, Cecilia.

La llamaba Cecilia, Cecilia a secas. La miró.

¿Por qué se ha peinado como ella? ¿Por qué tiene puesto su vestido celeste, que tanto le gustaba? ¿Para que yo me hiciera la ilusión de que…? O quizá yo misma se lo he pedido, y ya no recuerdo.

La desconocida callaba, cruzaba los brazos sobre el pecho, parecía querer ocultarse, encorvaba la espalda, tornaba el aire de una sirvienta que se humilla frente a una patrona altanera.

—Ya sé. Usted es mi enfermera. He estado enferma todo este tiempo.

Se llevó las manos al vientre.

—¿Por qué tengo el cuerpo así hinchado? ¿Voy a tener un hijo?

Súbitamente le pareció que penetraba en un paisaje familiar, lo reconocía. Todo seguía en su sitio. Y en ese paisaje, aquella sombra dorada, aquella sombra temible, ¿dónde estaba?

—¿Y Belena?

Miró interrogativamente a la desconocida, y la desconocida tartamudeó:

—No está... Ya no vive más aquí-

Belena. Había algo con respecto a Belena. Algo pendiente. Pero no podía recordar.

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé, no lo sé, señorita.

—¿Y Encarnación y Mercedes?

La desconocida se apelotonaba aún más, se ovillaba, hundía la cabeza entre los hombros.

—Tampoco vienen más.

El paisaje familiar. La sólida tierra bajo los pies, Y arriba el cielo como una promesa de eternidad. De golpe recordó.

—¿Está usted enterada? —dijo, con una voz tan repentinamente adulta que la desconocida se sobresaltó y miró despavorida en derredor, como si hubiese sospechado que era otra persona la que había hablado—. ¿Sabe por qué enferme? ¿Lo sabe todo?

—Sí, señorita. Y créame, ¡la compadezco tanto!

Levantó una mano. ¡Compadecerla! Esa mujer ignoraba que ella era la hija de Jan Engelhard, el sabio, el mago, el santo. Hija y discípula. Al lado de él había aprendido a sufrir y a callar, y a purificarse en el dolor como la plata en el fuego. Pero ahora había llegado el tiempo de manifestarse.

—¿Quién se lo ha contado?

—Encarnación y Mercedes, la última vez que estuvieron aquí.

—No, ellas lo ignoran todo, Escúcheme. No quiero morirme sin que antes...

—¡Señorita Cecilia!

Morir, sí, morir. Trozos de mampostería que caen al suelo como una costra seca. Y la almendra viva, encendiéndose en la luz como un diamante.

—Sé que voy a morirme. Dispongo de poco tiempo. Y usted es la única persona que está a mi lado. Escúcheme.

La desconocida oyó este relato:

Estaba sola. Belena había ido, acompañada por Encarnación, al consultorio de un médico. Imprevistamente tres hombres aparecieron en el comedor, donde ella se encontraba doblando unos manteles. Eran jóvenes. Dos de ellos aparentaban tener no más de veinte años. El tercero, alto, moreno, frisaría en los veinticinco. Vestían camperas de cuero negro. Calzaban guantes. Uno la apuntaba con un revólver. Quiso gritar, y la golpearon. La arrastraban a través de la casa. Saqueaban la despensa. Comían, bebían y fumaban. Luego la llevaron arriba. Parecían conocer perfectamente la disposición de las habitaciones. En su dormitorio, los dos más jóvenes le dijeron al otro: "Che, te brindamos el espectáculo". El otro se rió, y ellos se volvieron y la miraron. Luchaba, se defendía, clavaba los dientes en una mano enguantada. Después todo se desplomó. El techo, las paredes, la cama, la repisa con las muñecas. Se habían ido. La habían encerrado bajo llave y se habían ido. Los oía hablar. No, ella no. Los oía su cabeza. Pero su cabeza se le había desprendido del cuerpo, había, rodado lejos, por el suelo, decapitada, suelta. Esa cabeza que ya no era suya había oído. Ahora que la tenía nuevamente sobre sus hombros, ahora sabía lo que entonces esa carroña guillotinada había escuchado. Los tres hombres hablaban en la habitación de su madre. Uno decía: "Miren, setenta libras esterlinas". Otro: "¿Qué hora es?". Otro: "Las seis menos cinco. Belena dijo que hasta pasadas las siete no iba a volver con la vieja". La misma voz agregaba: "Cuando vuelva y vea que me planté en la primera parte de la fiesta y que no le despaché a la prima, la bronca que se va a agarrar". El primero: "Che, ¿no te denunciará?". El otro: "Si me denuncia, se denuncia. Porque yo me quedé con la foto. Y que le explique a la policía por qué les dijo a las dos viejas que la había encontrado en un vestido de la piba, y que creía que era la foto de algún novio de la piba, y que estaba preocupada, y hasta lloró y todo, y la foto es del marido de ella, fallecido de muerte natural hace dos años. No, che, que me disculpe, pero yo con la sangre no. Siento privarla de la herencia de la prima, que proyectaba disfrutar en mi honrosa compañía, pero me conformo con estas sobras". El segundo: "Nosotros también". El tercero: "Se entiende, che, se entiende. En esto vamos todos ***per cápita***. Como les decía. Yo con la sangre no. En cambio ella, ¡qué temple! Pero estoy harto de esa mina. Sin mencionar, por no ser guarango, que tiene cuarenta y dos años, y yo, salvo error u omisión, veinticinco". El primero: "Che, ¿y la piba?". El otro: "¿Qué pasa con la piba?". El primero: "¿No hablará?". El otro: "Que hable. ¿Y qué va a decir? ¿Qué pista va a dar? No sé quién va a sospechar de nosotros. Y en todo caso, ya Belena se va a encargar de malograrle la estrategia. Porque sabe que si me pescan a mí, la pescan a ella también. Así que le va a convenir cuidarme la retaguardia. Y que se consuele con algún otro punto. Porque lo que es a mí, no me ve más el pelo".

Todo eso lo había oído entonces su cabeza. Pero ella no. Ella yacía, mutilada en un rincón de su dormitorio. Hasta que después de no sabía cuánto tiempo, la puerta se abrió y entraron Encarnación y Belena. Sobre su cuello se injertaba una cabeza artificial, una vibrátil cabeza de fetiche que se movía y hablaba por si sola. Con ese autómata incrustado entre los hombros ella ya no podía pensar ni razonar. Sólo podía refugiarse en sus tibias entrañas insensibles, enroscarse como su propio feto, adormecerse en un profundo sueño mórbido donde Guirlanda Santos vivía. Y era de ese sueño del que acababa de despertar.

Pero, ¿por qué la desconocida la miraba con una cara terrible? ¿Por qué salía precipitadamente del dormitorio? ¿Porqué en seguida volvía con una carta y le decía?

—Señorita Cecilia, lea esto.

Y ella leía: "Querida Cecilia. Acabo de conseguir que el lunes me den franco, así que podré ir... Tuyo, Fabián".

No comprendía, no comprendía nada.

—¿Dónde encontró esta carta?

—En su cuarto, señorita.

—Pero si yo jamás la recibí. Si no conozco a ningún Fabián.

Los ojos de la desconocida no se soltaban de los suyos. Y esos ojos le estaban gritando

una atroz revelación. Esos ojos tenían tatuado un nombre.

Respiraba dificultosamente, la cabeza le daba vueltas, una fragorosa tempestad se fraguaba dentro de su vientre.

—Belena —pudo murmurar.

La desconocida se inclinó sobre su rostro.

—¿Dónde vive?

—No sé, no sé. Pero búsquela. Tráigamela.

La desconocida parecía de piedra.

—Belena —repitieron los labios exangües de Cecilia—, Belena.

Un relámpago le estalló en los ojos. Ahora sería cuando la desconocida llamaría a aquel médico.

Pero ella ya se alejaba. Bogaba por un río rumoroso, lleno de pájaros, de flores, de algas y de peces. Un río fresco y límpido que la llevaba cada vez más lejos, hacia una planicie glauca como un mar. Antes de hundirse en ese mar se volvió y distinguió a la desconocida que desde una remota orilla parecía seguirla como un perro fiel. Le sonrió, le tendió una mano traslúcida que vencía las distancias y alcanzaba aquel rostro maternal, y otra vez le preguntó, ahora con un acento de indecible dulzura:

—¿Quién es usted, señora?

Pero no escuchó, no escucharía jamás, la respuesta de la desconocida.

Todo quedaba, pues, en claro.

Si su rostro y el rostro de Guirnalda Santos habían sido fundidos en el mismo molde; si Natividad González, aquella mañana, la había cubierto de insultos; si ella tomó aquel tranvía y gesticuló y se rió sola, si Cecilia, sentada a su lado, la vio y le vio hacer esos ademanes; si luego tercamente la siguió a través de las calles de la ciudad; si ningún capricho, si ningún azar se interpuso en el encuentro en el cementerio, en la huida hasta la casa de Suipacha 78, en los episodios que sobrevinieron, era porque todo formaba parte de una vasta ceremonia, todo integraba uno de esos intrincados mecanismos de los que nunca sabremos quien es el relojero, si Dios o nosotros.

Pero nadie es llamado gratuitamente por el destino. Si ella había sido incluida en la ceremonia era para que, en un de terminado momento, pasase de acólito a celebrante y oficiase el último acto ritual, aquel con el que la ceremonia culminaría. Comprendió que ese momento había llegado. Cecilia le había impuesto las manos, y ella ya estaba consagrada para el rito atroz.

Miró el rostro de Cecilia, caído sobre la almohada.

Lo miraba con una especie de voracidad. Quería empaparse de ese rostro. Dibujárselo en el alma como un tatuaje en la piel. Ese rostro a cada minuto se volvía más bello. La muerte, despojándolo de su fatiga, gradualmente lo reavivaba. Hasta que, del todo despierto, resplandecía como una joya. Al igual que en las fábulas antiguas, la campesina se había metamorfoseado en princesa. Y la señorita Leonides cayó de hinojos.

Después se puso de pie. Una calma glacial la invadía. Recordó.

—***Encarnación***: Como a Belena.

—***Mercedes***: Belena se enteró por los diarios.

Primero apelaría a ese subterfugio. Y luego a otros, a muchos, a todos, hasta encontrarla.

Fue a una empresa funeraria. Fue a la redacción de los diarios. Encargó que publicasen un aviso que dijera: “Cecilia Engelhard, q. e. p. d. Su familia participa su fallecimiento... Casa de duelo: Suipacha 78”.

Los empleados de la funeraria prepararon la capilla ardiente en uno de los aposentos de la planta baja, colocaron a Cecilia en un ataúd negro, al niño en una cajita blanca, ubicaron cerca de la puerta de calle una urna de caoba, y huyeron de aquella tétrica mansión donde no se veía a nadie, salvo los dos muertos y una mujer que no lloraba pero delante de la cual, sin explicarse por qué, debieron bajar los ojos.

Entonces la señorita Leonides fue a apostarse junto a una ventana y esperó.

Afuera, en la tarde de carnaval, Suipacha dormitaba.

Transcurrieron varias horas, lentas como días. Llegó la noche. En la Avenida de Mayo se encendieron luces multicolores, estalló la música, el corso recomenzaba su algarabía.

Y la señorita Leonides, de pie junto a la ventana, seguía esperando. Sólo sus labios se movían como si rezase. El resto de su cuerpo permanecía en un letargo de cocodrilo. Pero desde el fondo de las órbitas, sus ojos filtraban una mirada de sílice. Esa mirada no veía los grupos de gentes que afluían hacia el corso. Esa mirada apuntaba, a través de la ciudad, a un solo sitio, ignorado y adivinado. Y esa mirada descubrió en seguida a la mujer que se detenía frente a la puerta.

La mujer dudó un instante. Después entró. Vio la urna de caoba. Vio, más lejos, una puerta abierta, y el resplandor de los cirios. Se acercó a esa puerta y la franqueó. Vio los dos ataúdes. Se aproximó primero a uno, después a otro, se asomó a esos abismos y los miró como desde un parapeto. Parecía perpleja y levemente asustada. En ese momento oyó que alguien, a sus espaldas, la llamaba:

—Belena.

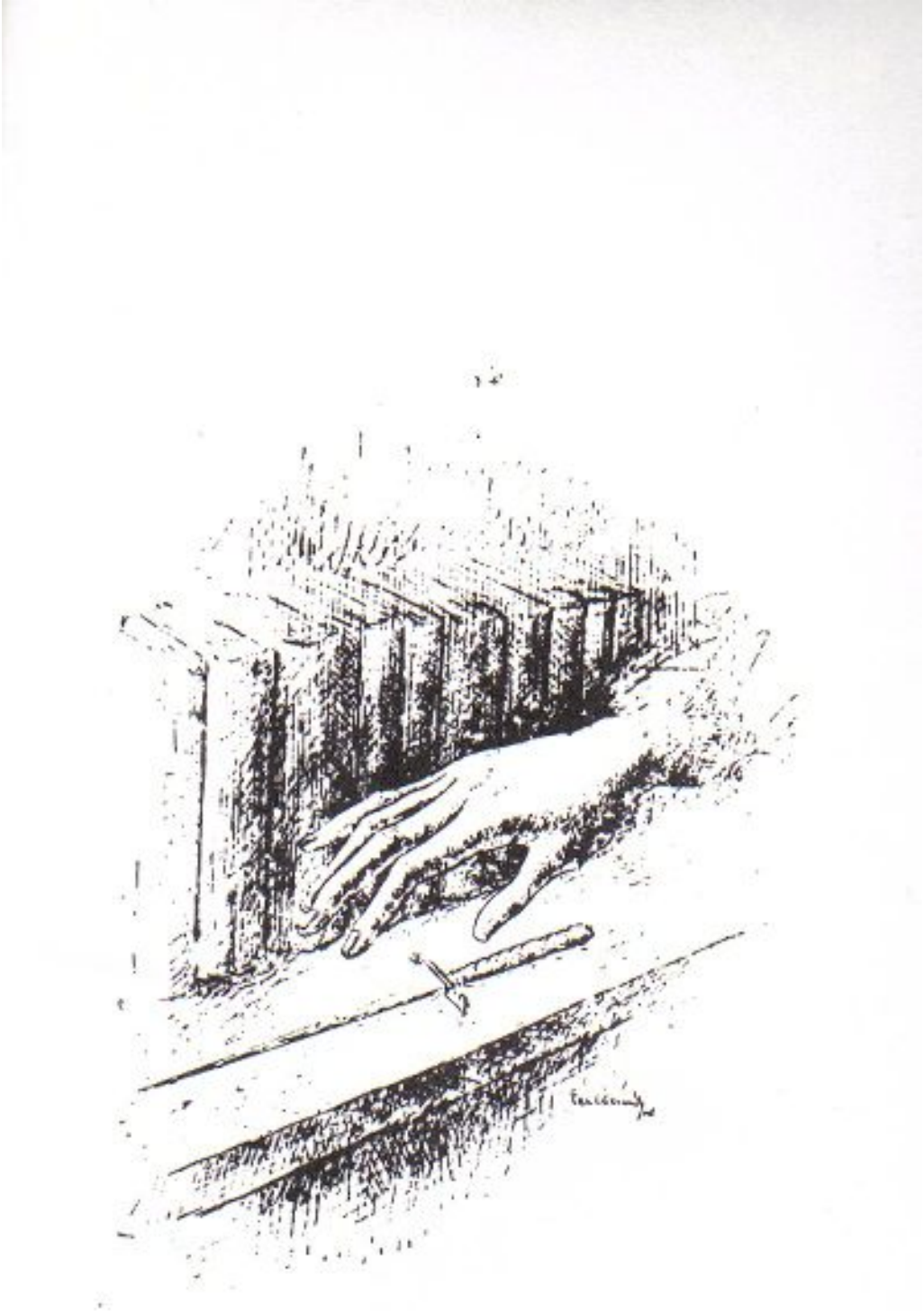
Se dio vuelta.

Sus espléndidos ojos, de bordes firme mente diseñados, se dilataron de estupor. Iba a gritar, cuando sintió como si entre los pechos se le hubiera reventado una llaga, y un líquido ardiente y seroso le corriera por la piel, bajo el vestido. Un repentino sopor la poseyó. Quiso mover la cabeza, agitar un brazo, librarse de ese sueño absurdo que la vencía, pero no lo logró y cayó pesadamente, entre el alborozado parpadeo de los pabilos.

Entonces la señorita Leonides se irguió. Una gota de sudor le corría por el pómulo, se la enjugó maquinalmente con la mano, que le temblaba convulsamente, miró por última vez a Cecilia, le sonrió y salió.

En el dormitorio de Guirlanda Santos depositó el estilete sobre la repisa de los libros, se quito la ropa manchada de sangre, se puso su vestido negro, su tapado negro, el litúrgico sombrero negro en forma de turbante, al brazo se colgó la cartera que semejaba un enorme higo podrido, descendió a la planta baja, y sin apagar ninguna luz, sin cerrar ninguna puerta, salió a la calle y se alejó.

Un grupo de enmascarados la saludó haciendo restallar la seca risa lúgubre de las matracas.



Librodot